

#### CEMENTERIOS HISPANOMUSULMANES

**A**L cementerio se le llamaba en Occidente en lengua árabi-  
ga *maqbara*, plural *maqābir*. Su fundación constituía un  
acto piadoso, grato a los ojos de Dios. El que la hacía gozaba  
de beneficios en la otra vida, lo mismo que si hubiera edificado  
una mezquita, excavado un pozo o reparado un puente. En Cór-  
doba había varios cementerios debidos a la iniciativa de prince-  
sas y concubinas de los emires, conocidos por sus nombres. Casi  
siempre pertenecían a la renta de habices.

El cadí (*qāḍī*) y el almotacén (*al-muhtasib*) eran los encar-  
gados en cada ciudad de velar por los cementerios y disponer  
alguno o algunos nuevos en caso de acrecentamiento de pobla-  
ción o epidemia; de demoler las construcciones levantadas abu-  
sivamente en su área y de cuidar que no se cometiesen en ellos  
actos inmorales e impropios de la santidad del lugar. Ibn  
‘Abdūn, refiriéndose a la Sevilla de hacia 1100, pedía que el  
almotacén y sus ayudantes inspeccionasen a lo menos dos veces  
al día los cementerios de esa ciudad para evitar abusos <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> E. Lévi-Provençal y Emilio García Gómez, *Sevilla a comienzos del si-  
glo XII, El tratado de Ibn ‘Abdūn* (Madrid 1948), pp. 94-98.

*Situación: cementerios extramuros y sepulturas urbanas.*

Lo primero con que el viajero tropezaba al llegar a las inmediaciones de una agrupación urbana islámica, era con la ciudad de los muertos. Pues, siguiendo la tradición romana, los cementerios musulmanes extendíanse fuera de muros, sin vallado alguno, junto a los caminos que conducían a las puertas principales de la cerca. Lo registra Cervantes, al referir que Grisóstomo, el pastor estudiante, «mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro»<sup>1</sup>. En las ciudades medievales cristianas, en cambio, muertos y vivos amontonábanse dentro del recinto murado, al estar los cementerios, primero, en torno a las parroquias; más tarde, en España hasta comienzos del siglo XIX, se enterró a las gentes en el interior de los templos.

Al ser la ciudad populosa y permitirlo la topografía de su solar, eran varios los cementerios fuera de muros, en que recibían sepultura los vecinos de los barrios inmediatos a cada una de las puertas de la muralla en cuya proximidad estaban. Hay noticia de unos trece cementerios en Córdoba en los siglos XI y XII y de otros tantos en Ceuta a comienzos del XV. En la populosa Toledo, tan sólo había una, o tal vez dos necrópolis, en la Vega, extramuros de la Puerta de Bisagra. El hondo foso del Tajo, abierto entre murallas graníticas, impedía los sepelios en el resto de su perímetro. Lo mismo ocurría en Ronda.

Parece que en algunas ciudades había cementerios especiales. En Badajoz se cita una *maqbarat al-marḍā* (cementerio de los leprosos) en 392 (1002)<sup>2</sup>. Ibn al-Jaṭib alude a un individuo sepultado en la *maqbarat al-gurabā* (cementerio de los extranjeros) de Granada en 707 (1307), en el arrabal situado junto al río, frente al Naḥd<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> *Don Quijote de la Mancha*, primera parte, cap. XII.

<sup>2</sup> Ibn al-Faraḍī, *Ta'rij 'ulamā' al-Andalus*, B. A. H., VIII (Madrid 1902), p. 397, n° 1.386, según cita de E. Lévi-Provençal, *Le Traité d'Ibn 'Abdūn*, en *Journal Asiatique* (Paris 1934), p. 294.

<sup>3</sup> Ibn al-Jaṭib, *Iḥāṭa*, I, p. 139.

Aparte de los cementerios generales, existían varios pequeños, intramuros unos y otros alejados del núcleo urbano. Todo alcázar regio solía tener también su *rawḍa*, es decir, su panteón, casi siempre en un jardín <sup>1</sup>. La tuvieron los alcázares de Córdoba, en el siglo X <sup>2</sup>; los de Sevilla, en los XI y XII <sup>3</sup>; el de Valencia, poco antes de su conquista <sup>4</sup>; la Alhambra de Granada, en los XIV y XV <sup>5</sup>.

<sup>1</sup> En Medina llaman *al-rawḍa*, es decir, «el jardín», a la mezquita en la que está enterrado el Profeta. Pedro de Alcalá traduce *rawḍa* por «sepultura rica» y Raimundo Martín por *sepulcrum magnum cum testudine*.

<sup>2</sup> Dentro de las murallas del alcázar de Córdoba estaba el cementerio en el que se enterraban los príncipes omeyas (Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, pp. 49, 67, 109, 116, 122 y 155; trad., pp. 74, 104, 175, 187, 195 y 255). Algún cronista concreta más, al decir que era *al-Rawḍa* el lugar de la necrópoli regia (José E. Guráieb, «*Al Muqtabis*» de Ibn Ḥayyān [traducción], en *Cuadernos de Historia de España*, de la Univ. de Buenos Aires, XIII, 1950, pp. 160 y 162). Ibn Jaldūn escribe que 'Abd al-Raḥmān III levantó en el palacio cordobés alcázares (*quṣūr*), entre ellos uno grandioso, al lado de al-Zāhir, que llamó *dār al-rawḍa*, con un oratorio privado. En él es de suponer estaría ese panteón (Ibn Jaldūn, *Iḥṣān*, IV, p. 144; Maqqarī, *Analectes*, I, p. 380). Una crónica anónima da noticia de haber sido enterrado el emir 'Abd Allāh, en el año 300 (912), en la *Rawḍat al-julafā'* (cementerio de los califas): E. Lévi-Provençal y Emilio García Gómez, *Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III al-Nāṣir*, Madrid 1950, pp. 92-93.

<sup>3</sup> Muḥammad b. Ismā'il b. 'Abbād, señor de Sevilla, fué sepultado el año 433 (1041-1042) en el panteón del alcázar de esa ciudad (Ibn al-Faraḍī, *B. A. H.*, VIII, biografía 1719). Ignórase si coincidía con las *rawḍas* citadas por Ibn Ṣāhib al-ṣalā como lugar hasta donde llegaron los derribos de casas, tiendas y posadas circundantes del zoco pequeño, realizadas por Abū Ya'qūb Yūsuf en 592 (1195-1196), para agrandar el patio de la mezquita mayor recién construída, *rawḍas* contiguas a la mezquita de al-Yatīm (el Huérfano): P. Melchor M. Antuña, *Sevilla y sus monumentos árabes*, Escorial 1930, p. 123.

<sup>4</sup> En las que fueron casas del rey moro de Valencia, junto a la mezquita mayor, cedidas por Jaime I para edificios consistoriales y cárcel (donde hoy está el palacio arzobispal, en la plaza de la Almoina), estuvo el cementerio real en época islámica (Fr. Josef Teixidor, *Antigüedades de Valencia*, Valencia 1895, I, páginas 173-175; II, p. 8).

<sup>5</sup> En la *rawḍa* de los jardines de la Alhambra fueron enterrados Muḥammad II (671-701 / 1273-1301), su nieto Ismā'il I (713-725 / 1314-1325), la mujer de éste (m. en 749 / 1348) y Yūsuf I (733-755 / 1333-1354): L. Torres Balbás, *Paseos por la Alhambra: La Rauda*, apud *Archivo Esp. de Arte y Arqueología*, II, 1926, pp. 261-285.

Lo mismo en el interior de las ciudades que en sus alrededores y en pleno campo, abundaban las *qubbas* <sup>1</sup>, pequeñas capillas casi siempre de planta cuadrada, abiertas por uno o por sus cuatro lados, a las que cubría una cúpula o una armadura de madera. Albergaban el sepulcro de algún venerado santón o asceta, en torno al cual solían sepultarse las gentes, atraídas por la santidad del lugar. Con el mismo objeto enterrábanse en las ermitas o *rawābiṭ* (plural de *rābiṭa*) <sup>2</sup>, en las que, en el campo o en la ciudad, ermitaños o morabitos (*murābiṭ*), habían llevado vida ascética y guardaban sus restos. La *qubba* daba origen con frecuencia a una *zāwiya*, edificio o grupo de edificios levantados casi siempre en torno a un sepulcro venerado, destinados a convento, escuela coránica y hospedería gratuita, en los que solía haber un cementerio destinado a las personas piadosas que deseaban reposar definitivamente a la sombra de los restos del morabito <sup>3</sup>.

En circunstancias especiales, como el estar la ciudad asediada, era obligado el sepelio intramuros. Refiere Ibn Baškuwāl que en el año 415 (1024-1025) fué enterrado en la *raḥba* (plaza) de 'Azīza de Córdoba, junto a la casa de Ibn Šuhayd, el sabio cordobés Ibn Bunnuš, cuyos restos mortales no se atrevieron a llevar al cementerio por el terror que causaban las bandas de beréberes que merodeaban por los alrededores de la ciudad. El mismo autor alude a otra *raḥba* de ella, la de Ibn Dirhamayn (el hijo de los dos *Dirhames*), en la que estaba la mezquita, recién construída, de Yūsuf b. Bašīl, lugar del sepelio en 507 (1114) de Abū-l-Walīd Mālik b. 'Abd Allāh al-Sahlī <sup>4</sup>.

El *Repartimiento* de Valencia cita en el interior de la ciudad un lugar *ubi fecit sua sepultura Abinghaf*. Sería el sepulcro del famoso cadí de esa ciudad Ibn ʿAḥḥāf, quemado en sus

<sup>1</sup> William y Georges Marçais, *Les monuments arabes de Tlemcen* (Paris 1903), pp. 331-333.

<sup>2</sup> L. T. B., *Rábitas hispanomusulmanas* (AL-ANDALUS, XIII, 1948, página 476).

<sup>3</sup> L. T. B., *Rábitas hispanomusulmanas* (AL-ANDALUS, XIII, pp. 476, 477 y 479).

<sup>4</sup> Šila, B. A. H., I-II, pp. 257, 275 y 562.

afueras en mayo de 1095 por orden del Cid <sup>1</sup>. Poco después, en los últimos años del siglo XI, asediada Valencia por el Campeador, hubieron de ser sepultados en las plazas los que morían dentro de sus muros, al no poder salir a los cementerios exteriores <sup>2</sup>. En la cárcel de la misma ciudad, durante la rebelión de 'Abd al-Malik, el año 547 (1152-1153), murió 'Āṣim b. Jalaf al-Tu'yîbî, que fué enterrado en la muralla <sup>3</sup>.

*La vegetación en torno a las tumbas.*

No conozco alusiones a la existencia en los cementerios islámicos de la Península de cipreses, árbol funerario por excelencia de las modernas necrópolis mediterráneas. El encontrarlo en algunas de ciudades norteafricanas, como Tremecén, podría acreditar que embellecieran con sus agudas copas los cementerios de al-Andalus.

Plantada de olivos encontró en 1494 el viajero alemán Múnzer la parte antigua del cementerio de Granada, situado a la salida de la puerta de Elvira <sup>4</sup>. En un cementerio de Córdoba, *maqbarat Na'îm*, había una palmera <sup>5</sup>. Las ramas espinosas de azufaifos silvestres protegían en Ceuta, en los primeros años del siglo XV, las tumbas de «los mártires», lugar muy visitado por las personas piadosas en la *maqbarat al-Hāfa* <sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Próspero de Bofarull y Mascaró, *Repartimientos de Mallorca, Valencia y Cerdeña* (Barcelona 1856), p. 644.

<sup>2</sup> «Et estaua ya todo el pueblo en las andas de la muerte; et ueyen el omne andar, desi caerse muerto; assy que se finchió la plaça del alcáçar de fuessas en derredor del muro, et non auie y fuessa que non yoguïessen y más de diez» (*Primera Crónica General de España*, publicada por Ramón Menéndez Pidal, Madrid 1955, cap. 915, p. 585).

<sup>3</sup> Ibn al-Abbār, *B. A. H.*, V, según cita de Francisco Codera, *Decadencia y desaparición de los Almorávides en España* (Zaragoza 1899), pp. 313-314.

<sup>4</sup> Jerónimo Múnzer, *Viaje por España y Portugal, 1494-1495*, trad. López Toro (Madrid 1951), pp. 39-40.

<sup>5</sup> Ibn Baṣkuwāl, *Šila*, *B. A. H.*, I-II, pp. 27-28, citado por E. Lévi-Provençal, *L'Espagne musulmane au X<sup>e</sup> siècle* (Paris 1932), p. 209.

<sup>6</sup> E. Lévi Provençal, *Une description de Ceuta musulmane au XV<sup>e</sup> siècle* (*Hespéris*, XII, 1931).

Se ignora si el célebre parque cordobés medio público de al-Zaÿÿālī, en el que se veían juntas las tumbas de dos amigos íntimos, situado cerca de la *bāb al-Yabūd* (*Puerta de los Judíos*), estaba en el interior de la ciudad o fuera de ella <sup>1</sup>.

Seguramente no habría en la España musulmana ninguna necrópoli dionisiaca en la que las raíces de las vides se extendieran entre los despojos humanos, según deseaba Ibn Quzmān para los suyos, al mismo tiempo que pedía una mortaja hecha con sus hojas y un turbante de pámpanos <sup>2</sup>.

#### *Nombres de los cementerios.*

No era infrecuente que la puerta de la ciudad inmediata al cementerio tomara nombre de éste. Una oriental de Lisboa llamábase *bāb al-Maqābir* <sup>3</sup>. Ligeramente alterado — puerta de Almocóbar o Almocábar — lo conserva la meridional de Ronda, levantada en el siglo XIII o XIV, único acceso fácil y llano a esa encumbrada ciudad <sup>4</sup>. Así se nombrarían las puertas de la villa vieja de Algecira y de Jaén, que las Crónicas castellanas llaman del Fonsario <sup>5</sup>, verosímil traducción de su nombre árabe.

Al estar el cementerio y la *muṣallā* o *šarī'a* (oratorio al aire libre) en las afueras de la ciudad e inmediatos a sus ingresos <sup>6</sup>,

<sup>1</sup> Henri Pérès, *La poésie andalouse en arabe classique au XI<sup>e</sup> siècle* (Paris 1937), pp. 128-30.

<sup>2</sup> «Cuando muera, estas son mis instrucciones para el entierro: / dormiré con una viña entre los párpados; / que me envuelvan entre sus hojas como mortaja, / y me pongan en la cabeza un turbante de pámpanos» (A. R. Nykl, *El cancionero del šayh... Aben Guzmán*, Madrid 1933, XC, pp. 215 y 417).

<sup>3</sup> E. Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique au moyen-âge d'après le Kitāb ar-Rawḍ al-Mi'zār* (Leiden 1938), texto, p. 16, trad., p. 22.

<sup>4</sup> Leopoldo Torres Balbás, *La acrópolis musulmana de Ronda* (AL-ANDALUS, IX, 1944, pp. 460-461).

<sup>5</sup> Florian de Ocampo, f<sup>o</sup> ccccv; «Biblioteca de Autores Españoles» (Rivadeneira), tomo LXVI, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I (Madrid 1875), *Crónica de don Alfonso el Onceno*, cap. cclxx, p. 344.

<sup>6</sup> L. T. B., «*Muṣallā*» y «*šarī'a*» en las ciudades hispanomusulmanas (AL-ANDALUS, XIII, 1948, pp. 168 y 171-173).



era frecuente que ocupasen emplazamientos próximos y la necrópoli se llamase — en Córdoba, Valencia, Málaga y Ceuta — *maqbarat al-Muṣallà*.

La puerta de la cerca de la ciudad más próxima al cementerio prestaba otras veces su nombre a éste. Así, había una *maqbarat bāb al-Šāqra* en Toledo; una *maqbarat bāb al-Qibla* en Zaragoza; una *maqbarat bāb Ilbīra* en Granada; una *maqbarat bāb Baḡḡāna* en Almería; una *maqbarat bāb al-Hanaš* en Valencia. Otro cementerio de Almería, *maqbarat al-Ḥawḍ*, recibía denominación del barrio inmediato. Construcciones próximas servían también para distinguirlos. Un cementerio cordobés llamábase *al-Burŷ*, por un torreón a cuyo pie se extendía. En Valencia había una *maqbarat al-Fiyām* (cementerio de las tiendas), probablemente por la existencia de éstas en el mismo lugar.

No pocas veces los cementerios recibían el nombre de su fundador o fundadora — los de Umm Salama, Mut'a y Mu'amara, esposa la primera de Muḥammad I, concubinas las otros dos de al-Ḥakam I y 'Abd al-Raḥmān II, respectivamente, en Córdoba — o de un santón o persona piadosa en él enterrado — en la misma ciudad los cementerios de Ibn Ḥāzim, de Ibn al-'Abbās y de Abū-l-'Abbās al-Wazīr.

#### *Las tumbas.*

En contraste con los cementerios romanos y de acuerdo con la austeridad religiosa y el sentido igualitario del islam, en las necrópolis de al-Andalus no había grandes monumentos funerarios ni mausoleos ostentosos que perpetuasen la memoria de los en ellas enterrados, propios de la vanidad póstuma, la más pueril e injustificada de todas. Refiere al-Himyarī que un soberano de Zaragoza quiso construir un mausoleo con una cúpula — *qubba* — sobre las sepulturas de dos ilustres *tābi'ūn* enterrados en el cementerio de la puerta Oriental — la *maqbarat bāb al-Qibla* — de esa ciudad. Pero no llegó a realizar el proyecto, pues una piadosa mujer de acrisolada honradez le dijo habersele

aparecido en sueños ambos personajes para manifestar su deseo de que no se levantara construcción alguna sobre sus fosas <sup>1</sup>.

Sin embargo, era frecuente la existencia en los cementerios de una o más *qubbas* que albergaban los restos de ilustres letrados, ascetas, taumaturgos o varones señalados por su santidad y vida piadosa, en torno a las cuales se enterraban las gentes para beneficiar de la influencia espiritual que de ellos irradiaba. A las personas veneradas que yacían en dichas sepulturas se las tenía como patronos y protectores de la puerta próxima de la cerca, guardianes que impedían entrarse por ella la malaventura o la desgracia <sup>2</sup>.

Una capilla funeraria se cita a fines del siglo X en la *maqbarat al-Rabaḍ* de Córdoba, en la que tuvo que refugiarse el cadí Ibn Zarb ante la hostilidad de la plebe <sup>3</sup>. Junto a la tumba del predicador y cadí Abū 'Abd Allāh al-Tanẓālī, en el cementerio fuera de la puerta del arrabal de Funtañalla, en Málaga, elevaron sus vecinos una capilla, por su vida austera y devota, sobre la tumba de Muḥammad b. Qāsim al-A'mā Abū 'Abd Allāh, llamado Ibn al-Qaṭan, víctima de la peste de 750 (1349-1350) <sup>4</sup>. Del cementerio musulmán de Valencia, en el que después de la conquista se estableció el mercado, escribió Teixidor que se encontraban «por sus cercanías tantas pequeñas Mezquitas que habitaban sus Santones i Morabitos para rogar por sus difuntos, invención del diablo que como mona quería que los suyos remedassen las Ermitas de los siervos de Jesús» <sup>5</sup>.

Las tumbas variaban de unas a otras ciudades y regiones. El estudio de sus diferentes tipos, apenas esbozado a continuación, comparados con los de Berbería y aun con las estelas de las comarcas del Oriente mediterráneo, revelaría probablemente relaciones e influencias mal conocidas. Las piedras sepulcrales

<sup>1</sup> Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 97; trad., p. 119.

<sup>2</sup> Georges Marçais, *Tlemcen* (Paris 1950), p. 56.

<sup>3</sup> Nubāhī, *Marqaba*, pp. 78-79, según cita de Lévi-Provençal, *Hist. de l'Esp. musulmane*, III, p. 197, n. 1.

<sup>4</sup> Ibn al-Jaṭib, *Iḥṭā*, según cita de Michaelis Casiri, *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis*, tomos posterior (Madrid 1770), p. 94.

<sup>5</sup> Teixidor, *Antigüedades de Valencia*, I, p. 165.



de Mallorca, por ejemplo, son más semejantes a las de Ifríqiya que a las encontradas en el resto de la Península. La cantidad y calidad del material de los sepulcros, su mayor o menor excelencia epigráfica y artística, aportan datos para la historia económica de las ciudades. El gran número de mármoles sepulcrales, de excelente labra, de la Almería almorávide, mayor que el de los existentes en el resto de al-Andalus, expresa la riqueza de esa ciudad en la primera mitad del siglo XII<sup>1</sup>.

Los cadáveres se enterraban de costado, lo que permitía hacer fosas muy estrechas, con la cabeza a mediodía y el rostro hacia la Meca. Señalaba las sepulturas de las gentes más humildes una piedra tosca, sin labrar, hincada en la cabecera, sin letrero alguno. En dos cementerios en parte aún subsistentes a la salida de las dos puertas de la yerma ciudad de Vascos, en la Jara toledana, cuatro hitos o pilares de granito sin desbistar, hincados en las esquinas, algo más altos los de la cabecera, marcan cada sepultura. Las limitan entre ellos toscos bordillos del mismo material que apenas sobresalen del suelo.

Si se trataba de personas de algún relieve social o económico, las tumbas y la memoria de los que en ellas yacían, acostumbraba señalarse de varias formas:

a) Por dos estelas, gruesas losas rectangulares de piedra o mármol hincadas verticalmente y orientadas teóricamente hacia la Meca o *qibla*, una a la cabecera y otra más pequeña a los pies, conforme al rito funerario ortodoxo que exige dos «testigos» limitando la sepultura del creyente<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Véase *infra*, pp. 47-53.

<sup>2</sup> Descripción de sepulturas halladas en Málaga: «una piedra rectangular, bien cuadrada, bien redondeada por el extremo superior, la cual se colocaba vertical a la cabeza del sepulcro, ostentando en la cara que daba a éste algunos adornos en el mismo sitio en donde presentan inscripciones otras piedras del mismo género, que se hallan en diversos lugares de España. Con ellas correspondían las que en Málaga, como en otras muchas partes, se colocaban a los pies de la sepultura, más pequeñas, pero de la misma forma que las anteriores, entre las cuales ninguna se ha presentado todavía con adornos» (F. Guillén Robles, *Málaga musulmana*, Málaga 1880, pp. 38-39). Por esta descripción no cabe duda de que la parte superior de algunas estelas terminaba en forma arqueada; don Manuel Gómez-Moreno cita otra semejante aparecida en el cementerio del barranco del Abo-

b) Por una estela muy alargada, de piedra o mármol, de poca altura y sección triangular, sobre un plinto más o menos elevado, rectangular, colocada en el eje longitudinal de la tumba, casi siempre sobre varias gradas o escalones de mampostería o ladrillo. Se las designa con el nombre dialectal marroquí de *mqābrīya* <sup>1</sup>.

c) Por un cipo o fuste cilíndrico hincado en la cabecera de la tumba.

d) Por una o dos pequeñas estelas discoidales de cerámica vidriada, clavadas a la cabecera y a los pies de la fosa.

Hay, además, ejemplares esporádicos. Fuera de la clasificación quedan también las lápidas con escritura incisa, casi siempre toscas losas irregulares, de medios beréberes y rurales y formas muy varias <sup>2</sup>.

En los tipos a), c) y d), bordillos de piedra o ladrillo hincados verticalmente en tierra limitaban el rectángulo de la sepultura <sup>3</sup>. Es probable que, en algunos casos del tipo primero, las estelas rectangulares, en lugar de situarse en el interior del recuadro, cerrasen sus lados menores.

Más adelante se dirá dónde se grababan las inscripciones, en el caso de haberlas, pues existen *mqābrīyas* y cipos anepígrafos.

Hay descripciones, poco precisas, de una sepultura con *mqābrīya in situ*, encontrada en Almería hace algo más de un siglo. Al no figurar en varias de ellas el nombre del enterrado ni la fecha de su fallecimiento, cabe la sospecha de que otra estela,

gado, en Granada. Pero debían ser muy escasas las de esa forma con inscripciones u ornamentación, pues no conozco ninguna en los museos ni figuran en los repertorios epigráficos sepulcrales.

<sup>1</sup> Se suele llamar a las *mqābrīyas* estelas tumulares, lo que define mal su forma, o estelas prismáticas, con adjetivo erróneo, pues sus cuatro caras vistas son ataludadas, divergentes, y no hay dos paralelas.

<sup>2</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne* (Leiden-Paris 1931), página xxiv.

<sup>3</sup> En Almería, donde más abundan las *mqābrīyas*, no se han encontrado restos de bordillos. El macizo escalonado de mampostería o ladrillo levantado sobre el cadáver, asiento de la *mqābrīya*, cubría toda la sepultura; el bordillo era, pues, innecesario.

rectangular, clavada en tierra, tal vez a la cabecera, completase el pequeño monumento funerario.

En Granada y Málaga se encontraron hace años sepulturas con bordillos que permiten aclarar el destino de las abundantes losas de piedra, labradas muchas de ellas por uno de sus cantos y en parte de sus frentes; que se ven en los muros de algunas iglesias granadinas levantadas en el primer tercio del siglo XVI, como San Cristóbal, San Jerónimo y Santo Domingo; y en el muro de la Alhambra situado a la izquierda del camino que sube desde la Puerta de la Justicia a la Alcazaba.

Durante siglos intrigó a los eruditos granadinos el destino de esas losas, casi todas de piedra de la Malahá. Bermúdez de Pedraza señaló el gran número utilizado en los cimientos y muros de casas y las supuso fenicias, no romanas ni moriscas <sup>1</sup>. Más perspicaz, el P. Echevarría afirmó que habrían pertenecido a edificios musulmanes <sup>2</sup>. Contreras supuso que sirvieron para decorar los muros de los edificios islámicos de Granada y, conforme a ello, en los laterales del Patio de la Alberca de la Alhambra hizo pintar fajas horizontales reproduciendo las labores de las losas <sup>3</sup>. Hipótesis absurda, pues si hubieran estado colocadas de esa manera, las de las restantes caras quedarían ocultas <sup>4</sup>. Eguílaz, y singularmente Gómez-Moreno, reivindicaron su destino sepulcral. Se hincaban de canto en la tierra cercando el rectángulo de la fosa, quedando descubierta, visible, la parte decorada <sup>5</sup>.

El hallazgo, como se dijo, en el subsuelo de Granada y Má-

<sup>1</sup> Francisco Bermúdez de Pedraza, *Antigüedad y excelencias de Granada* (Madrid 1608), fº 37 r y v.

<sup>2</sup> Joseph Romero Iranzo, *Paseos por Granada y sus contornos*, 1764, Paseo XV, pp. 61-62.

<sup>3</sup> *Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba*, por Rafael Contreras, tercera edic. (Madrid 1885), pp. 171-172.

<sup>4</sup> Borradas cuando reparé el patio de la Alberca.

<sup>5</sup> Leopoldo Eguílaz Yanguas, *Noticias de la Alhambra y de Granada, con pretexto del libro de Contreras*, artículo publicado en el diario *La Libertad*, de Granada, el 27 de agosto de 1875; Manuel Gómez Moreno, *Sepulturas arábigo-granadinas*, en *Cosas granadinas de arte y arqueología* (Granada s. a.), pp. 107-120, y *Guía de Granada* (Granada 1892), pp. 33-34, 362 y 498.

laga de sepulturas intactas, salvo sus estelas, aclaró completamente el discutido destino de las losas <sup>1</sup>.

Su grueso es de 8 a 10 centímetros; 138 a 166 tienen de longitud las más largas, que corresponden a los costados de la fosa y 38 a 58 las de la cabecera y pies. Es frecuente que presenten cajas o mortajas para encajar unas en otras en las esquinas. Algunas son lisas, pero muchas se adornan con relieves geométricos, entrelazos y almenillas y letreros cúficos en el canto visto, y en fajas horizontales en la parte inmediata de las caras grandes — en una o en las dos —; el resto quedaba oculto, hundido en la tierra. Destacan esas labores sobre un fondo ligeramente excavado. Las inscripciones repiten las frases: «La gloria pertenece a Dios», «La salud» (*al-ṣāfiya*) o «el reino pertenece a Dios» <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Simón de Argote, hacia 1800, describía así las tumbas de la Granada islámica: «Las personas de mediana esfera levantaban unos paredones baxos, y formaban como un corral, que servía de panteón a toda la familia; y los pobres se enterraban sin más distinción que la de levantarse dos almenas pequeñas que indicasen el sitio que ocupaban los pies y la cabeza» (*Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos por Granada y sus contornos*, Granada 1805, p. 37). Es la única referencia que conozco a estelas en forma de almena. Tal vez sea sepulcral una incompleta, de barro, el fondo de su cara anterior vidriado en verde, con inscripción cursiva de relieve, existente en el Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid. — El señor Gómez Moreno pudo ver unas 16 sepulturas, descubiertas antes de finalizar el siglo XIX, al abrir una carretera en el barranco del Abogado de Granada, cerca de la tapia de la finca de los Mártires: «Formaban las fosas, dirigidas de poniente a mediodía, cuatro citaras de ladrillo, que dejaban entre sí el espacio preciso para contener el cadáver, cerrando el hueco por arriba con delgadas cobijas de pizarra o ladrillo, que se cubrían con una gruesa capa de tierra. Exteriormente rodeaban cada sepulcro cuatro piedras unidas por sus extremos y clavadas verticalmente en el suelo; las dos mayores correspondían a los lados, y las más cortas a la parte de la cabeza y de los pies, cerrando el rectángulo que determinaba exteriormente el lugar donde se había colocado el cadáver, constituyendo una especie de alberquilla de poca profundidad, pues las losas no dejaban fuera más que la parte cubierta de adorno o un espacio igual al de éste en las que no le tenían». Casi todas carecían de ornatos y una sola tenía inscripción. Apareció también una piedra de cabecera con un remate curvo, como de tres partes de círculo, de 36 centímetros de diámetro (Gómez Moreno, *Cosas granadinas de arte y arqueología*, pp. 114-115).

<sup>2</sup> En 1871 se encontró en el llamado Secano de la Mezquita, en el solar de Medina Elvira, un fragmento de piedra de bordillo, de 41 centímetros de longi-

Múnzer, a fines del siglo XV, describió las tumbas de los cementerios granadinos, formadas «con cuatro losas de piedra, de manera que apenas si se cabe en ellas. Las cubren con ladrillos, para que no toque la tierra el cadáver. Luego se allana la fosa con tierra». Y refiriéndose al gran cementerio extramuros de la puerta de Elvira, dice que los «sepulcros de los ricos estaban rodeados en cuadro, como los jardines, con muros de rica piedra»<sup>1</sup>.

A las losas de piedra sustituían a veces ladrillos colocados en la misma forma. En Granada y Levante, y sobre todo en Málaga, gran centro cerámico, se encuentran en museos y colecciones abundantes ejemplares, fragmentos en su mayoría, vidriados con fondo blanco, y adornada con temas geométricos e inscripciones cursivas en azul la parte que quedaba vista<sup>2</sup>.

tud, con cenefa de labores geométricas y letras cúficas de relieve que repetían la frase, «La gloria a Dios» (*Medina Elvira*, por don Manuel Gómez Moreno, Granada 1888, p. 17 y fig. 4 de la lám. III). — En el Museo Arqueológico Nacional de Madrid hay un ladrillo de 29 por 12 centímetros, de barro cocido, con una inscripción sepulcral incisa que, traducida, dice: «En nombre de Dios el Clemente... / Mūsā b. Wad b. Walid / Aḥmad». — En Málaga se han encontrado también sepulturas recercadas con bordillos de piedra: «Con ellas [con las losas de la cabecera] correspondían las que en Málaga... se colocaban a los pies de la sepultura, más pequeñas, pero de la misma forma que las anteriores, entre las cuales ninguna se ha presentado todavía con adornos. Constituyen los costados del sepulcro piedras no muy grandes, clavadas en tierra, levantándose poco sobre ella» (Guillén Robles, *Málaga musulmana*, p. 538).

<sup>1</sup> Múnzer, *Viaje por España y Portugal*, pp. 36 y 39. Entre las estelas almerienses de la colección de la «Hispanic Society» de América, de las que más adelante se hace amplia referencia, hay unos fragmentos de losas planas de mármol con letreros cúficos alcoránicos. En alguno, la faja epigráfica continúa formando escuadra. Este detalle y el estar labradas por una sola cara prueba que no pudieron servir para hincarse en tierra limitando la fosa; cubrirían ésta excepcionalmente, lo mismo que las conservadas en la Alhambra de Granada, que estuvieron sobre las tumbas de los príncipes nazaríes (Werner Caskel, *Arabic Inscriptions in the Collection of the Hispanic Society of America*, New York 1936, XLII-XLV, p. 28).

<sup>2</sup> «... clavaban en el suelo [los musulmanes malagueños para sus sepulturas] ladrillos gruesos... vedriados de blanco hasta la mitad de sus dos caras y extremos, y en la parte superior, sin vedrio en el resto del ladrillo, que era la parte que se fijaba en tierra, dejando fuera la vedriada, sobre cuyo fondo blanco se trazaba una inscripción con letras azules... Estos ladrillos formaban una faja a lo largo del se-

En el Museo Arqueológico de Toledo se conservan ladrillos sepulcrales de barro rojizo, sin vidriar, de unos 27 centímetros de longitud por 20 de alto y 35 milímetros de grueso, cuya única decoración consiste en las consabidas frases alcoránicas en letras cúficas, teñidas a veces de negro, dispuestas en estrechas fajas rectangulares en uno de sus bordes largos, con los fondos ligeramente hundidos para que resalten las letras. Todos deben de proceder del gran cementerio o cementerios situados en las afueras de la puerta de Bisagra. De varios de esos ladrillos así consta <sup>1</sup>.

En algunos lugares de Marruecos y del resto de Berbería (Argel, Tremecén) hay también tumbas circunscritas por bordillos de piedra o ladrillo, con estelas epigráficas en sus extremos <sup>2</sup>.

pulcro, bien uniéndose con la piedra que había a sus pies, bien reemplazándola; en este caso, los que debían enlazar con los costados tenían una especie de mortaja, para que encajaran perfectamente unos en otros» (Guillén Robles, *Málaga musulmana*, p. 540). El recerco del espacio sobre la fosa con ladrillos parece muy extendido en el mundo islámico: «*On le déposait [el cadáver] ainsi à même la terre, une brique crue sous la tête; puis on plaçait autour de lui des briques disposées pour former comme une sorte de cintre au-dessus du cadavre. Ce à quoi fait allusion Omar Kbayyam lorsqu'il dit:*

*Quand partiront du corps nos âmes angéliques,  
Sur ma tombe et la tienne on mettra quelques briques;  
Pour des briques devant couvrir d'autres tombeaux  
On moulera plus tard nos cendres identiques.*

(Aly Mozahéry, *La vie quotidienne des musulmans au moyen-âge, Xe au XIII<sup>e</sup> siècle*, Paris 1951, p. 56).

<sup>1</sup> Veinticinco ladrillos de éstos había en el Museo Arqueológico de Toledo hace cincuenta años. De ellos 17, no todos enteros, se hallaron en 1781 en la Vega, junto a donde se dice estuvo la basilica de Santa Leocadia (Cristo de la Vega), con motivo de unas excavaciones realizadas en ese lugar. Otro procede del castillo de San Servando (*Monumentos Arquitectónicos de España, Toledo*, por Rodrigo Amador de los Ríos, Madrid 1905, pp. 119-123). Amador de los Ríos ignoró su destino.

<sup>2</sup> P. Ricard, *Pour comprendre l'art musulman dans l'Afrique du Nord et en Espagne* (Paris 1924), pp. 216-217.

*Estelas rectangulares con arcos decorativos* <sup>1</sup>.

Las estelas sepulcrales prismático-rectangulares de al-Andalus anteriores al siglo XI, cuyo campo epigráfico suele estar recuadrado por el fondo rehundido, carecen de decoración. Su mayor dimensión no excede del metro; el ancho alrededor de los 50 centímetros, mientras el grueso varía de 6 a 10. A partir de los primeros años del siglo XII comienza a adornarse su frente con un arco ciego, decorativo, de poco relieve, que alguna vez aparenta descansar sobre columnas, con impostas de nacela casi siempre. En algunos casos parece ser representación simbólica de un *mibrāb*. Una faja epigráfica rebordea el frente, excepto por la parte inferior, encerrando el arco a modo de alfiz. Decoración de ataurique rellena las albanegas de casi todas (la losa de arco más antigua luce en ellas veneras) y los triángulos que quedan entre la cenefa de recuadro y los arranques del arco. La clave ostenta también en la mayoría un motivo floral. Algunas de estas estelas tienen un friso de almenillas sobre la faja superior. En el fondo del arco y en una faja rectangular situada entre él y la parte horizontal del alfiz o recuadro, se desarrolla la inscripción fúnebre <sup>2</sup>.

Las dos estelas de arco más viejas de que hay noticia son cordobesas: una de una princesa almorávid, muerta en 496 (1103) <sup>3</sup> y la otra de un «Sir el almorávid», fallecido en 517 (1123) <sup>4</sup>. La gran mayoría de las restantes procede de los cementerios de Almería. La de fecha más remota es del año

<sup>1</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, pp. xxiv-xxv.

<sup>2</sup> Columnas decorativas aparentan apelar los arcos en una estela cordobesa de 496 (1103), en la de Mértola y en la de Granada de 742 (1342).

<sup>3</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n° 24, pp. 30-31. En el Instituto de Valencia de Don Juan se conserva la parte inferior de una estela, losa de mármol que tal vez tuvo dos arcos gemelos decorativos, cuya columnilla central, helicoidal, parece distinguirse en el fragmento subsistente. Es de persona fallecida en el año 320 = 932 (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n° 112, p. 104, lám. xxv).

<sup>4</sup> *Ibidem*, n° 27, pp. 32-34.

519 (1125) y la más moderna del 540 (1145). La conquista de la ciudad por los cristianos, dos años después, concluyó con su empleo.

En otros lugares de dominio islámico se encuentran ejemplares esporádicos hasta fecha avanzada. Una hay en el Museo Arqueológico Nacional, procedente de Villa del Río (Badajoz), de un visir Ibrāhīm, fallecido en 547 (1152) <sup>1</sup>. El Museo Arqueológico de Murcia posee otra estela marmórea de arco, de una dama fallecida en 557 (1162) <sup>2</sup>.

De Murcia procede la losa sepulcral, incompleta, de un qā'id de Ibn Mardaniš, fechada en 566 (1171), hoy en el Museo Arqueológico Nacional <sup>3</sup>. Forman su arco hojas con el extremo retorcido en forma de gancho, dibujando el intradós múltiples curvas cóncavas. En Lorca aparecieron los fragmentos de otras dos de mármol, con arcos ciegos asimismo, sin nombre ni fecha, una conservada en el Ayuntamiento de esa ciudad y en colección particular de Madrid la otra <sup>4</sup>. El Museo de Córdoba posee el epitafio de un šayy almohade, cuya muerte ocurrió en 587 (1191), con dos arcos gemelos de herradura aguda y epígrafe de letra cursiva <sup>5</sup>.

En las tres de fecha más avanzada de la serie, el arco es festoneado. Son: una incompleta, sin data, de mármol, procedente de Mértola (Portugal), en el Museo de Évora <sup>6</sup>; otra, de Jaén, que posee el Museo Arqueológico de Córdoba, fechada

<sup>1</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n° 47, pp. 58-59.

<sup>2</sup> *Ibidem*, n° 102, pp. 98-99, lám. xxiv, a. Tiene 61 × 50 × 6 centímetros.

<sup>3</sup> *Ibidem*. n° 103, pp. 99-100, lámina xxiv b.

<sup>4</sup> Rodrigo Amador de los Ríos, *Epigrafía árabe, Fragmento de lápida sepulcral descubierta en Lorca (Murcia)*, apud *Bol. de la Soc. Española de Excursiones*, V, 1897, pp. 129-131, y *Fragmento de la lápida sepulcral existente en Lorca (Murcia)*, *ibidem*, VIII, 1900, pp. 108-111; Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, nos 105-106, pp. 100-101.

<sup>5</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n° 28, pp. 34-35, lámina ix c.

<sup>6</sup> De mármol, de 49 por 35 centímetros (Rodrigo Amador de los Ríos y Villalta, *Memoria acerca de algunas inscripciones árabes de España y Portugal*, Madrid 1883, pp. 271-274; A. R. Nykl, *Algunas inscripciones árabes de Portugal*, apud *AL-ANDALUS*, V, 1940, pp. 399-401).



en 661 (1263) <sup>1</sup> y una de Granada, en el Instituto de Valencia de Don Juan, de persona muerta en 742 (1342) <sup>2</sup>.

Entre las 78 estelas epigráficas o fragmentos publicados de Túnez y sus contornos, tan solo hay una de arco, rectangular, de mármol, de un musulmán fallecido en 542 (1147) <sup>3</sup>. Estelas rectangulares con arco, a veces sobre columnas, guarda el Museo de Arte musulmán de El Cairo <sup>4</sup>. Es verosímil que su moda llegara a la Almería almorávid del Oriente mediterráneo y que desde esa ciudad se propagase por el resto de al-Andalus. Las almerienses son de gran perfección caligráfica y excelente arte. Mejor que darles el nombre de esa ciudad parece llamarlas almorávides por ser la época de su dominación en la Península en la que se labra el mayor número.

<sup>1</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n° 158, pp. 139-142, láms. xxxiv y xxxv.

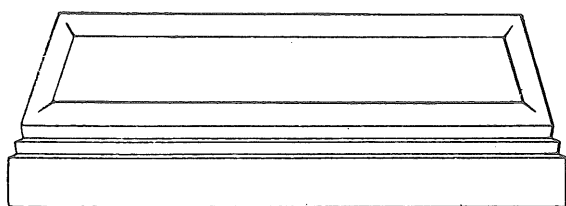
<sup>2</sup> *Ibidem*, n° 168, pp. 154-155, lám. xxxix a. En la colección de inscripciones árabes de España de la *Hispanic Society of America*, hay siete estelas o fragmentos, de mármol, con arco decorativo, halladas en Almería. Tan solo una, de 93 x 47 centímetros, está completa; otra lleva almenillas. Dos tienen fecha: los años, respectivamente, 510 (1116) y 525 (1131): (Caskel, *Arabic Inscriptions in the Collection of the Hispanic Society of America*, n°s xvi, xvii, xix, xx, xxi, xxii y xxiii, pp. 11-13, 15-19, láms. xvi-xxiii. De Baza (Granada), procede una estela de caliza nummulítica, de 69 por 41 centímetros, con inscripción cursiva, sin nombre ni fecha, dentro de un arco ciego ligeramente agudo. Figura en las colecciones del Museo Arqueológico Nacional (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n° 170, p. 156).

<sup>3</sup> Estela rectangular de mármol, de 79 por 31 por 8,5 centímetros, con arco decorativo de herradura aguda (Slimane-Mostafa Zbiss, *Corpus des inscriptions arabes de Tunisie*, Túnez 1955, pp. 78-79 y lám. xxxix).

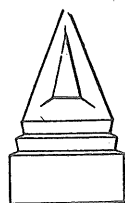
<sup>4</sup> J. Bourilly y E. Laoust, *Stèles funéraires marocaines* (París 1927), página 69 y lám. xxvii. En los cementerios marroquíes abundan las losas o estelas tabulares con uno o dos arcos gemelos, ciegos. M<sup>me</sup> Sourdel-Thomine ha publicado en fecha reciente varias estelas del Afganistán con arcos ciegos festoneados, de la segunda mitad del siglo XII y comienzos del XIII, lo que da idea de la extensión alcanzada por esa forma en el mundo islámico (Janine Sourdel-Thomine, *Stèles arabes de Boust [Afghanistan]*, en *Arabica*, III, 1956, pp. 285-288).

*Mqābrīyas.*

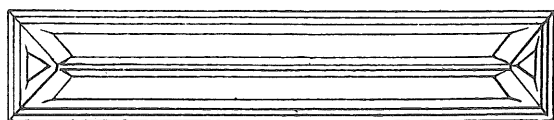
El mayor número de *mqābrīyas* españolas procede de los cementerios de Almería<sup>1</sup>. Son de mármol blanco de Macael. Bajo tierra, *in situ*, se encontró alguna hace más de un siglo. La describen, con escasa precisión, descansando sobre un ma-



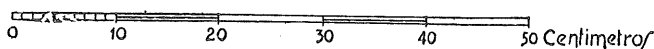
FRETE.



COSTADO.



PLANTA.



Granada. — Museo de la Alhambra. *Mqābrīya* de mármol encontrada entre las torres del Tocador de la Reina y de las Damas.

cizo de mampostería y planta rectangular, formado por varias gradas — hasta cuatro —, al que apeaban otros tantos muretes de idéntica fábrica<sup>2</sup>. Caracterizan a estas *mqābrīyas* almerien-

<sup>1</sup> Lévi-Provençal, en sus *Inscriptions arabes d'Espagne* enumera catorce *mqābrīyas* o fragmentos de ellas; Caskel, en *Arabie Inscriptions in... the Hispanic Society of America*, dieciséis. Veinticuatro de ellas proceden de Almería.

<sup>2</sup> Amador de los Ríos, *Memoria acerca de algunas inscripciones arábicas de*

ses la poca altura de su plinto, o base prismática rectangular, labrada en la misma pieza, sobre la que descansa la estela de sección triangular. La inscripción se desarrolla en las dos caras largas trapezoidales, ataludadas; las laterales, triangulares y tam-



Sección.



Frente.



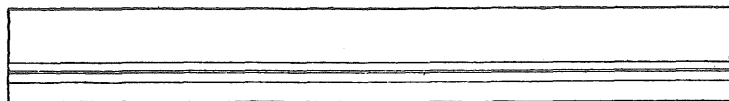
Sección.



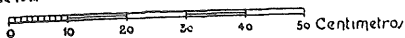
Frente.



Sección



Frente.



Granada. — Museo de la Alhambra. Fragmentos de *mqābrīyas* que estuvieron en el altar del Mexuar.

bién inclinadas, unas veces tienen epígrafes y otras decoración vegetal. Es raro el caso de que haya inscripción u ornato en los bordes del plinto. Su altura varía de 10 a 22 centímetros; su longitud, de 93 a 166; el ancho, de 15 a 22. Algunas ostentan decoración vegetal entre las letras cúficas.

*España y Portugal*, pp. 171-172; «Nota sobre la colección Medina» (manuscrita, en el Instituto de Valencia de Don Juan). La descripción de la sepultura la hizo un antiguo albañil en 1844. Se encontraron lápidas planas en los costados de alguna.

En estas *mqābrīyas* almerienses figuran epitafios de gentes fallecidas entre los años 452 (1060) y 541 (1147), el último en el que la ciudad fué conquistada por Alfonso VII. De la misma proceden sin duda dos fragmentos conservados en el museo Fabre de la Sociedad Arqueológica de Montpellier (Francia), probable trofeo llevado por los catalanes que colaboraron en la conquista de Almería en la fecha citada. Son de mármol y carecen de data <sup>1</sup>.

A la serie de las almerienses pertenece una *mqābrīya* de mármol, conservada en Málaga, de una Maryam, fallecida en 618 (1221), con inscripción cúfica y decoración vegetal típicamente almohade <sup>2</sup>. En la misma ciudad han aparecido *mqābrīyas* cerámicas, sin inscripción: «un prisma (*sic*) triangular, asentado sobre una base rectangular, de arcilla cocida y vidriada de verde» <sup>3</sup>. De mármol, y también anepígrafas, existen varias en el Museo de la Alhambra de Granada <sup>4</sup>. Una con inscripción cursiva, del mismo material y también del tipo de las almerienses, hay en el Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid. Procede de Niebla (Huelva) y lleva la fecha de 729 (1328-1329) <sup>5</sup>.

La moda de la estela en forma de *mqābrīya*, que en Almería, según vimos, no desterró la de sepultura con dos estelas rectangulares, difundióse por Levante, según se dijo. Se han encontrado ejemplares en Cartagena <sup>6</sup>, Murcia y Vinaroz (Caste-

<sup>1</sup> J. Jomier, *Documents et notules*, I, *Deux fragments de stèles prismatiques conservés à Montpellier (Arabica)*, tomo primero, Leiden 1954, pp. 212-213.

<sup>2</sup> La mitad de esta *mqābrīya* está en el Museo de la Alcazaba de Málaga; el resto, en el Provincial de Bellas Artes (Manuel Ocaña Jiménez, *Una «mqābrīya» almohade malagueña del año 1221 J. C. y Nuevos datos sobre la «mqābrīya» almohade malagueña del año 1221 J. C.*, en *AL-ANDALUS*, XI, 1046, pp. 224-230 y 445-446).

<sup>3</sup> Guillén Robles, *Málaga musulmana*, p. 538.

<sup>4</sup> Una pequeña hallada entre el Partal y la torre del Peinador de la Reina; dos, aprovechadas, estaban en el altar del Mexuar. Del Generalife procede otra también incompleta. Todas carecen de inscripciones y adornos.

<sup>5</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n° 146, p. 131. Equivocadamente figura en esta obra como procedente de Almería.

<sup>6</sup> Amador de los Ríos describe y publica la fotografía de un fragmento de *mqābrīya*, conservado en el Gabinete de la Sociedad Económica de Amigos del

llón). Dos de mármol guarda el Museo Arqueológico de Murcia <sup>1</sup>. La de Vinaroz, con inscripción de letras cursivas, de relieve, como de costumbre, perteneció a la sepultura de persona fallecida en 639 (1241); está en el Museo del Colegio de Santo Domingo de Orihuela (Alicante) <sup>2</sup>.

Al oriente de Palma de Mallorca, en las inmediaciones de la capilla del Temple, en la Almudayna de Gómera y cerca de la *bāb al-Balāt*, se encontraron, al desmontar el terreno en 1881 o 1882, varios fragmentos de *mḡābrīyas* de piedra caliza blanca del país, llamada de Santanyí. A diferencia de la almerienses tienen un alto plinto, por cuyas caras se extienden las inscripciones, además de por las ataludadas. La epigrafía es cúfica floral.

En uno de los fragmentos, las letras son cúficas en las caras inclinadas, pero por las verticales corre otra inscripción cursiva entre ataurique. En éste y en algunos otros, una doble cinta entrelazada recuadra los letreros. Su epigrafía es muy bella y la talla de excelente arte. Carecen de fecha. Se labrarían en el período en que los Banū Gāniya dominaron la isla (525-599 = 1131-1202), probablemente en la segunda mitad del siglo XII, a juzgar por la inscripción cursiva y algunas otras características <sup>3</sup>. Su mayor semejanza es con las *mḡābrīyas* del oriente de Berbería.

País, de Cartagena. Es de mármol blanco y tiene un alto plinto moldurado, como las tunecinas. La inscripción, incompleta, es de letras cúficas. Su editor dice leerse la fecha 582 = 1184-1185 (*España, sus monumentos y artes, su "naturaleza e historia, Murcia y Albacete*, por Rodrigo Amador de los Ríos, Barcelona 1889, pp. 563-566).

<sup>1</sup> Una de ellas se encontró en el subsuelo de la catedral de Murcia en la segunda mitad del siglo XIX; la otra, mayor, hallóse en 1936 o 1937 en la calle de Madre de Dios (Manuel Jorge Aragonese, *Museo Arqueológico de Murcia*, Madrid 1956, pp. 75-76).

<sup>2</sup> Tiene 120 centímetros de longitud por 30 de ancho en el plinto y 15 de altura: *Geografía General del Reino de Valencia, Provincia de Castellón*, por Carlos Sarthou Carreres (Barcelona s. a.); Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n° 89, p. 88.

<sup>3</sup> Rodrigo Amador de los Ríos, *Epigrafía árabe, Monumentos sepulcrales de Palma de Mallorca, El cementerio real de la Almudayna de Gómera*, apud

En Palma asimismo, en las afueras de *bāb al-Kuhl*, aparecieron varios fragmentos de estelas sepulcrales, también bajas y alargadas, pero de sección de arco de herradura agudo, en vez de la corriente triangular. Descansan sobre un plinto sogueado. Otra igual se encontró entre los fragmentos descritos de *mqābrīyas*, en 1881-1882, al abrir los cimientos para el asilo del Temple <sup>1</sup>. No es forma insólita en los cementerios del resto del mundo islámico <sup>2</sup>.

La *mqābrīya* sobre gradas abunda en los morabitos norteafricanos <sup>3</sup> y en Ifríqiya, con fechas comprendidas entre 471 (1078) y 589 (1193) <sup>4</sup>, en donde son muy estrechas y tienen altos plintos, las más viejas con fajas ornamentadas; de profusa molduración las posteriores. En cambio, en las de la Berbería central su plinto tiene caras lisas cubiertas de inscripciones. En la Qal'a de los Banū Hammād (Argelia) se encontraron varias, una de ellas de un 'Isà, fallecido en 525 (1130) <sup>5</sup>. Al Museo Stéphane Gsell, de Argel, fueron a parar seis *mqābrīyas*, algunas muy mutiladas, de las aparecidas en la Qal'a, de los años

*Bol. de la Soc. Arqueológica Luliana*, VI, Palma de Mallorca 1896, pp. 357-380; Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, p. 89 y lám. xxi.

<sup>1</sup> *Bab al-Kofol (Puerta de Santa Margarita). Antecedentes relativos a la Puerta de Santa Margarita de la Ciudad de Palma, remitidos a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando por la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos* (Palma 1908), pp. 19, 61, 77 y 121 y láms. vii y viii.

<sup>2</sup> Procederán de otras semicilíndricas, alargadas, descansando sobre plinto rectangular, frecuentes en los cementerios romanos (Pierre Paris, Georges Bonser..., *Fouilles de Belo*, II, *La nécropole* [Burdeos 1926], p. 69 y lám. xi).

<sup>3</sup> Bourilly y Laoust, *Stèles funéraires marocaines*, p. 5.

<sup>4</sup> La mayoría de las tunecinas son de los últimos diez años del siglo XI y de la primera mitad del XII. Cerca de cuarenta con inscripción cataloga Slimane-Mostafa Zbiss en su *Corpus des inscriptions arabes de Tunisie*. La altura varía de 10 a 34 centímetros y de 87 a 182 su longitud. También se ven en los cementerios de Bugía (Argelia) y dos incompletas guarda el Museo Arqueológico de la misma ciudad. Son de mármol y tienen inscripciones cursivas entre abundante ornato vegetal y alto plinto, muy moldurado, con sogueados. Carecen de fecha y nombre (General L. de Beylié, *La Kalaa des Beni-Hammad*, Paris 1909, pp. 108-109, figs. 2-3 y lám. xxix).

<sup>5</sup> Está en el Museo de Tremecén. Las dos que en él se conservan tienen plinto elevado, con alguna decoración (G. Marçais, *Album de pierre, plâtre et bois sculptées*, Argel 1909, pp. 41-43 y lám. iii ter).

488 (1095) y 535 (1143) <sup>1</sup>. Más a Occidente, en Marruecos, no tengo noticia de ninguna anterior a fines del siglo XIII <sup>2</sup>. Su uso parece haberse difundido en la época marīnī. Abundan mucho en los cementerios de Fez, sobre todo las anepígrafas <sup>3</sup>. En el real de Chella hay cinco *mqābrīyas* de mármol, del año 750 (1349) la más vieja fechada; del 776 (1374) la más reciente <sup>4</sup>. Muy conocidas son las de los príncipes saʿdīes, en su mausoleo de Marrākuš, del siglo XVI, cubiertas de profusa decoración. Cítase una en Ceuta de fines del siglo XVII <sup>5</sup>. En Marruecos no se usan actualmente. Las hay también en Sicilia <sup>6</sup>, y el Museo de Malta conserva abundantes ejemplares de mármol. Sería interesante hacer un estudio descriptivo y cronológico de las existentes, revelador tal vez de las vías de su difusión.

<sup>1</sup> Georges Marçais, *Le Musée Stéphane Gsell, Musée des Antiquités et d'Art Musulman d'Alger, L'Art musulman* (Argel 1950), p. 55, y *Sur deux stèles funéraires hammādites du Musée Stéphane Gsell*, apud *Bulletin de la Société Historique et Géographique de la Région de Sétif*, 1914, pp. 171-178. Once fragmentos de *mqābrīyas* de las encontradas en la Qalʿa de los Banū Hammād, en las excavaciones Blanchet, posee el Museo de Constantina (Beylié, *La Kalaa des Beni-Hammad*, p. 89).

<sup>2</sup> Refiere Ibn Jaldūn que Abū Yūsuf, desde Algeciras, mandó a su hijo Abū Yaʿqūb, a fines de 684 (1285), erigiese monumentos y *asnima* de mármol sobre ellos en las tumbas de su padre ʿAbd al-Ḥāqq y de su hermano Idrīs. Esa palabra *asnima* parece designar a las que llamamos *mqābrīyas* (Henri Basset y E. Lévi-Provençal, *Chella, une nécropole mérinide*, Paris 1923, p. 11).

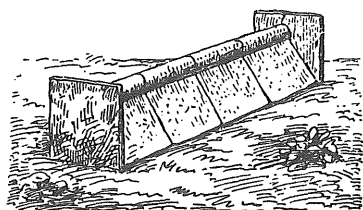
<sup>3</sup> A. Bel, *Inscriptions arabes de Fès* (Paris 1919), p. 13, n (2).

<sup>4</sup> Estas *mqābrīyas* son de mármol. La de mayores dimensiones tiene 2,165 m. de longitud, 35 centímetros de ancho en la base y 27,5 de altura. La letra es cursiva y el epígrafe, de relieve, se extiende por los lados largos de la parte superior ataludada. Bajo ésta hay una serie de molduras escalonadas, una de ellas soqueada, descansando sobre un plinto, cuyas caras verticales están cubiertas de ornamentación, a base de arquillos lobulados en las dos más ricas. En el mismo lugar hay también varias *mqābrīyas* lisas, sin epígrafe ni ornato (Basset y Lévi-Provençal, *Chella*, pp. 34-38 y 130-135 y láms. I-II).

<sup>5</sup> *Tanger et sa zone*, en *Villes et Tribus du Maroc*, VII (Paris 1921), pp. 450-451 y lám.

<sup>6</sup> Referencias a *mqābrīyas* sicilianas en la obra de M. Amari, que no he podido ver, *Le epigrafi arabiche di Sicilia trascritte, tradotte e illustrate*, parte II: *Iscrizioni sepolcrali*, Palermo 1879-1881.

Se ha dicho que la forma de estas *mqābrīyas* recuerda el montón de tierra, el pequeño túmulo que señalaba las sepulturas en civilizaciones primitivas. Pero su antecedente parece más próximo: muchas tumbas romanas, paganas y cristianas (cemen-



Sepulcro romano de tejas.

terio de Timgad [Argelia] por ejemplo), repartidas por todo el Imperio, formadas por dos filas de *tegulae* inclinadas, en sentido contrario, apoyadas por parejas, formando lomo, cerradas por otra en cada uno de sus extremos y a veces cubierta su arista de encuentro por *imbrices* en función de tapajuntas. Solían descansar sobre un macizo de fábrica de uno o más escalones. En España, entre otros muchos lugares, se han encontrado sepulturas semejantes en las ruinas de Belo (Cádiz) <sup>1</sup> y en Tarragona <sup>2</sup>.

*Cipos cilíndricos o fustes* <sup>3</sup>.

La estela cilíndrica está limitada casi exclusivamente en España a Toledo y su región. De las treinta inventariadas por Lévi-Provençal como de esa ciudad y sus contornos, diecinueve son cipos epigráficos, con letras cúficas de relieve en campos rectangulares situados en su parte alta, a los que a veces encuadra

<sup>1</sup> R. Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique* (Paris 1940), p. 547; *Les monuments antiques de l'Algérie*, por Stéphane Grell, t. II (Paris 1901), p. 42.

<sup>2</sup> En el cementerio romano-cristiano de Tarragona se encontraron 164 sepulturas de *tegulae* dispuestas formando lomo o doble vertiente. Claro que estaban bajo tierra, como las análogas del cementerio de Timgad que se reproduce (*Excavaciones en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona*, Memoria redactada por el Delegado Director don Juan Serra Vilaró, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid 1929, pp. 15-17).

<sup>3</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, p. xxiv.



otro epígrafe o un sencillo ornato (trenzado). A ellos hay que agregar otros dos, aparecidos con posterioridad a la publicación de esa obra <sup>1</sup>. Colocabáanse, como se dijo, hincados a la cabecera de la tumba, dentro de un rectángulo de ladrillos clavados en tierra, de canto.

La estela cilíndrica más vieja subsistente es del año 391 (1001) y está en la iglesia de San Andrés de Toledo, aprovechada como fuste de una columna de apeo de un arco mudéjar <sup>2</sup>. Casi todas son de gentes fallecidas en el siglo XI, en 464 (1074) la de fecha más reciente. Hay otra, mudéjar y muy tardía, con epígrafe cursivo, de una Zahra muerta en 660 (1261-1262) <sup>3</sup>. De las que se conoce su procedencia, todas se hallaron en las afueras de la Puerta de Bisagra, en la amplia parte de la Vega comprendida entre las márgenes del Tajo y la ermita del Cristo de la Vega y el prado de San Isidoro. Un cipo funerario se encontró en Esquivias y otro en Guadalerzas, prueba de su difusión por la comarca.

Casi todos estos fustes sepulcrales son de mármol del país, pero también se labraron en caliza y arenisca. Algunos tienen un ensanchamiento, a modo de collarino, en su parte superior. La altura varía desde 56 centímetros hasta 1,45 metros y el diámetro desde 16 hasta 45 de aquéllos.

<sup>1</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, nos 52, 54-56, 59, 62-68, 72, 74, 75, 77, 79, 80 y 83, pp. 63-65, 67-68, 70-77 y 80. Los dos fustes sepulcrales no incluidos en el *Corpus* anterior aparecieron en la Vega de Toledo en 1931. En uno figura el epitafio de un tal Ibn Muhriz, fallecido en 451 (1059); el otro, de longitud excepcional — 2,35 metros — es del jurista Ibn Maslama, muerto en 467 = 1074 (E. Lévi-Provençal, *Deux nouvelles inscriptions arabes de Tolède*, apud *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, II, Madrid 1934, pp. 147-149). Amador de los Ríos registra otros dos fustes con epígrafes sepulcrales, uno en el torreón llamado Baño de la Cava y el otro en la casa n.º 2 de la plazuela de los Molinos de San Sebastián, a orillas del Tajo (Amador de los Ríos, *Memoria acerca de algunas inscripciones arábicas de España y Portugal*, pp. 120, 231 y 232). — Las estelas arábicas de Toledo en forma de losa son tan sólo cinco: tres de los años 370 (981), 401 (1010) y 441 (1049), y mozárabes las dos restantes, con epígrafe en árabe y en latín (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, nos 51, 53, 61, 81 y 82, pp. 62-63, 64, 69-70 y 78-79).

<sup>2</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n.º 52, p. 63.

<sup>3</sup> *Ibidem*, n.º 83, p. 80.

A los fragmentos de *mqābriyas* de Mallorca antes descritos, acompaña un trozo de fuste de columna de mármol gris, de procedencia desconocida, con una inscripción cursiva incompleta y confusa dentro de un rectángulo <sup>1</sup>.

El cipo cilíndrico no es estela característica de la Península. Abunda en los cementerios islámicos de fuera de ella. En los de Túnez, Bizerta y Constantina suele estar coronado por un turbante. Tres sepulcrales de mármol blanco, con epígrafe, dos del año 428 (1037), de procedencia desconocida, hay en el Museo de Argel <sup>2</sup>.

#### *Cerámica sepulcral.*

Ya se dijo cómo era frecuente sustituir los bordillos de piedra que cercaban el rectángulo de cada sepultura por ladrillos clavados en tierra por sus cantos. En Toledo solían ser de barro sin vidriar, con inscripciones alcoránicas en letras cúficas de relieve. Pero en otros lugares, como Málaga, Granada y Murcia, se vidriaba en blanco la mitad superior del ladrillo, excepto sus costados, ya que la inferior y éstos quedaban ocultos, y sobre el esmalte blanco extendíase una ornamentación azul a base de fajas con epígrafes cursivos, eulogias — muy frecuentemente la palabra *al-ṣāfiya* (la salud, la paz), repetida varias veces <sup>3</sup> — y en el canto superior roleos de atauriques y dibujos geométricos, casi siempre en zigzag. Algunos de los ladrillos tienen mortaja en su extremo, sin duda para encajar con el inmediato y formar esquina <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Amador de los Ríos, *El cementerio real de la Almudayna de Gómera* (Bol. de la Soc. Arqueol. Luliana, VI, pp. 379-380).

<sup>2</sup> Marçais, *Le Musée céphane* Gsell, *L'art musulman*, p. 55.

<sup>3</sup> G. J. de Osmá, *Los litereros ornamentales en la cerámica morisca del siglo XV* (Cultura Española, II, Madrid 1906, pp. 473-483).

<sup>4</sup> En Córdoba hay ladrillos sepulcrales con inscripciones en el canto y en las caras. En el Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid, se conservan dos enteros y varios fragmentos de ladrillos sepulcrales vidriados, procedentes de Andalucía. Las dimensiones medias de los primeros son 28 × 14 × 5,5 centímetros; la

Aunque son muy escasas las estelas cerámicas subsistentes, abundarían en ciudades de gran industria alfarera, como Málaga, Granada y Murcia. Las conservadas son de escaso tamaño, del tipo llamado discoidal, con dos orejas divergentes. Estelas discoidales se encuentran en muchos pueblos y en civilizaciones muy remotas. Sobre su origen y significación se han escrito bastantes páginas y emitido variadas hipótesis <sup>1</sup>.

Las hispanomusulmanas son placas de barro, que se hincaban verticalmente en la cabecera de la tumba — ignoramos si otra de menos importancia la acompañaría a los pies, como es probable — con una parte inferior rectangular, sin vidrio, que quedaba oculta, y sobre ella un disco en forma de almendra, con dos orejas divergentes, como se dijo, que era la vidriada. La ornamentación se extendía por una o las dos caras y los cantos, según los casos.

De loza dorada es una procedente de Huelva, en cuyo frente figura una inscripción, en letra cursiva, epígrafe sepulcral del joven estudiante al-Ŷabalī, fallecido en 811 (1409). Cubre el frente posterior decoración de ataurique en torno a un motivo central, también vegetal <sup>2</sup>. En el Museo Arqueológico Nacional de Madrid hay otro ejemplar de estela discoidal, de loza dorada, que antes estuvo en la colección de don Antonio Vives, hallado en Málaga. Sus ornatos y epigrafía, religiosa al parecer, están casi borrados.

altura de la faja superior, vidriada, es de unos 7. En las excavaciones realizadas en la Qal'a de los Banū Ḥammād hace algunos años se encontraron ladrillos planos, de  $27 \times 18 \times 3,5$  a 4 centímetros, con tres cuartas partes de su superficie cubierta de esmalte verde. Sin duda tendrían análogo destino sepulcral que los españoles (Beylié, *La Kalaa des Beni Hammad*, p. 57 y figura 31; G. Marçais, I, *Les poteries et faïences de la Qal'a des Benī Hammād* [XI siècle], Constantina 1913, p. 10).

<sup>1</sup> E. Frankowski, *Estelas discoideas de la Península Ibérica* (Madrid 1920). Abundan en los cementerios norteafricanos.

<sup>2</sup> La estela apareció, con otros restos cerámicos, en una casa lindante con el convento de Agustinas de Huelva, bajo la cual debió de haber una necrópoli islámica (Eduardo Díaz, *Herba, ciudad de Tartesos*, en *Vell i Nou*, época II, 1921, vol. II). En Manises y Valencia también se han encontrado estelas y epitafios cerámicos (*Cerámica del Levante español, Siglos medievales*, por Manuel González Martí, tomo II, Alicatados y azulejos, Barcelona 1952, pp. 206-212).

De Granada proceden otras dos conservadas en el Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid, con ornamentación azul. En el anverso de una de ellas, de 27 centímetros de altura, se repite, como único tema, la palabra *al-ʿāfiya* en varias líneas. Adornan los cantos roleos de ataurique. De la otra tan sólo subsiste la parte superior, por la que se extiende decoración vegetal, también azul <sup>1</sup>. Ya se dijo cómo en Málaga habían aparecido *mqābriyas* de barro vidriado, de color verde, sin letrero ni decoración.

#### *La epigrafía funeraria.*

La literatura grabada en las estelas de los cementerios islámicos de España suele reducirse a frases hechas independientes del lugar y de la época, fórmulas piadosas repetidas y citas alcoránicas sin la bella y elegante concisión ni el cálido sentimiento humano de algunos epitafios romanos. Los textos funerarios suelen reducirse al nombre, filiación y títulos de los sepultados, gentes de muy varia condición social; la fecha de su muerte; con menos frecuencia la de su nacimiento o edad alcanzada; profesión de fe, versículos del Alcorán e invocaciones religiosas. Estos epitafios, de tradición oriental, repiten sus fórmulas con abrumadora monotonía. Varían los granadinos nazaríes, por su inusitado lujo verbal y su prosa rimada <sup>2</sup>.

Algunas gentes se hacían esculpir en vida su epitafio, al que bastaba agregar luego la fecha del fallecimiento. Otros invitaban a los que los leyese a invocar a Dios en favor del allí sepultado. ʿAlī b. Abī Yāʿfar Ibn Hamuško mandó grabar sobre su tumba, en Segura (Jaén), los siguientes versos:

No deseo la perennidad de mi sepulcro, ya que mi cuerpo, en él encerrado, no puede alcanzarla.

<sup>1</sup> José Ferrandis Torres, *Estelas cerámicas* (AL-ANDALUS, III, 1935, páginas 179-180, láms. 14, 15 y 16).

<sup>2</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, pp. xx-xxv.

Pero espero que el que pase junto a mi tumba se dignará detenerse, pues me beneficiará su invocación en mi favor.

Por el sendero que conduce a la muerte caminan todos los vivos, con la seguridad de alcanzar un día su aniquilamiento <sup>1</sup>.

En una *mqābrīya* almeriense llevada a Montpellier, a la que antes se aludió, figura un pequeño poema fúnebre (*martīyya*) en elogio del difunto.

La letra de la mayoría de estas estelas es cúfica angular de relieve. Evolucionan con más lentitud que la semejante oriental <sup>2</sup>. El más antiguo epitafio con inscripción cursiva se encuentra en una losa con arcos ciegos de un *šayj* almohade, fallecido en 587 (1191), conservada en el Museo Arqueológico de Córdoba <sup>3</sup>. El epígrafe, en el interior de los dos arcos de herradura aguda, es de letras cúficas, pero le rebordea una faja con inscripción cursiva torpe y mal trazada. En un fragmento de *mqābrīya* de Mallorca, sin fecha ni nombre del sepultado, figuran también los dos tipos de escritura.

Totalmente cursivos, y de no más perfecta traza que los de la de Córdoba, son los epígrafes de una estela de Mértola (Portugal), con epitafio de un individuo muerto en 598 (1201) <sup>4</sup> y de una *mqābrīya* procedente de Vinaroz, hoy en Orihuela, de otro fallecido en 639 (1241) <sup>5</sup>. No son mejores el di-

<sup>1</sup> Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 105; trad., p. 129.

<sup>2</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, pp. xxviii-xxxvi.

<sup>3</sup> *Ibidem*, n.º 28, pp. 34-35. Según Lévi-Provençal, la escritura cursiva aparece en Berbería a fines del siglo V h. (1010-1107). En Ifríqiya hay alguna *mqābrīya* del año 490 (1096), con inscripciones cúfica y cursiva florida, a la par; cursiva la tienen otras de 499 (1105), 510 (1116), 515 (1121), etc. (Slimane-Mostafa Zbiss, *Inscriptions de Tunis et de sa banlieu*, nos 14, 21, 22, 37, 40, etc., pp. 54-55, 58-60, 68-69, etc.).

<sup>4</sup> Amador de los Ríos, *Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal*, pp. 15 y 263-265. Otra lápida de la primera mitad del siglo XIII, con inscripción cursiva, hay en Portugal, pero no es funeraria; conmemora la construcción de una torre fuerte (*burj*) en Silves, en 624 (1227). Está en el Museo Arqueológico del Infante don Enrique, en Faro (Nykl, *Algunas inscripciones árabes de España y Portugal*, apud AL-ANDALUS, V, pp. 403-407; E. Lévi-Provençal, *L'inscription almohade de Silves*, apud *Mélanges d'études portugaises offerts à Mr. Georges Le Gentil*, 1949, pp. 257-262).

<sup>5</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*; n.º 89, p. 88.

bujo y la traza de la inscripción cursiva de la estela de Jaén, de 661 (1263), en el Museo Arqueológico de Córdoba <sup>1</sup>.

*La vida en torno a las tumbas* <sup>2</sup>.

Ni tan mezclados con la vida urbana como los cristianos hasta los comienzos del siglo pasado, ni tan apartados de ella como los actuales — la civilización moderna huye de los muertos, los aleja y frecuenta lo menos posible <sup>3</sup> —, los cementerios islámicos, situados extramuros y junto a las puertas de la ciudad, quedaban integrados en su flujo y reflujo cotidiano. El recuerdo de los desaparecidos permanecía siempre presente entre sus familiares y amigos.

Esa situación de los cementerios era un obstáculo para el desarrollo de la ciudad y la formación de arrabales exteriores inmediatos. A veces su crecimiento desbordaba los límites de los fonsarios y alteraba el reposo de sus pobladores. En la Sevilla almorávid de hacia 1100, por ejemplo, en pleno crecimiento, letrinas y cloacas descubiertas y construcciones parásitas se habían instalado entre las tumbas, y la cercanía de los edificios permitía curiosear indiscretamente desde sus puertas y ventanas a las mujeres que acudían a los osarios con fines más o menos piadosos. Si estaban próximas las tenerías, como ocurría en la misma ciudad andaluza en la época citada, y en algún cementerio de Fez en otras mucho más recientes, curtidores y pergamineros aprovechaban las sepulturas para extender sobre ellas sus pieles u otros productos de la industria local.

<sup>1</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n° 158, pp. 139-142.

<sup>2</sup> Sobre los entierros y ceremonias fúnebres pueden verse: Julián Ribera, *Ceremonias fúnebres de los árabes españoles*, en *Disertaciones y opúsculos*, II, pp. 249-256; Pedro Longás, *Vida religiosa de los moriscos* (Madrid 1915), pp. 285-294, y Lévi-Provençal, *Histoire de l'Esp. musulmane*, III, (Paris 1953), pp. 101 y 406-407).

<sup>3</sup> «¿De dónde viene este miedo de la muerte, que ha crecido tanto arrimado a la ignorancia, que aun oírle nombrar no quiere alguno, como si por el oído secretamente se le entrara?», preguntaba Quevedo (*La cuna y la sepultura*).

A veces producíase el hecho contrario: en barrios despoblados — en Almería, por ejemplo — se instalaban cementerios entre los restos de las viviendas en ruinas. El flujo y reflujo de la ciudad alcanzaba a los fonsarios, invadiéndolos unas veces, instalando otras las tumbas en los solares de los barrios deshabitados.

Tras el sepelio de una persona venerada, por su rango, santidad, sabiduría o buenas obras, las gentes acudían con frecuencia a su sepulcro. Múltiples casos de estas visitas refieren los biógrafos hispanomusulmanes. Ibn Baškuwāl cuenta que la muerte de Abū-l-ʿAbbās de Elvira en los primeros años del siglo XI causó gran tristeza y los cordobeses iban en continua romería al cementerio del Arrabal (*maqbarat al-Rabad*) de esa ciudad, donde fué enterrado, para orar y bendecirlo <sup>1</sup>.

Los viernes, sobre todo después de la oración en la mezquita mayor, los caminos que conducían a los cementerios estaban concurridos por una muchedumbre de ambos sexos, que en ellos se mezclaban. Jóvenes elegantes entablaban conversación con las mujeres que iban solas, como — cuentan Ibn Ḥazm y Ḍabbī — hizo el poeta al-Ramādī al encontrar a la hermosa doncella esclava Jalwa junto al mausoleo de los Banū Marwān, en el cementerio cordobés del Arrabal <sup>2</sup>.

Entre las tumbas se levantaban tiendas, en las que las mujeres permanecían largo rato con el pretexto de huir de las miradas indiscretas, buen incentivo para acrecentar el deseo y el vicio de conquistadores y libertinos que, en busca de buenas fortunas, acostumbraban ir a las necrópolis para seducir a las mujeres que las frecuentaban <sup>3</sup>. Esas tiendas, en la Sevilla almo-

<sup>1</sup> Ibn Baškuwāl, *Šila*, p. 53, citado por don Julián Ribera y Tarragó, *Umm al-ḥimāyir*, apud *Disertaciones y opúsculos*, II, Madrid 1928, p. 203.

<sup>2</sup> *El collar de la paloma*, traducido del árabe por Emilio García Gómez (Madrid 1952), pp. 101 y 313; Ḍabbī, *Bugya*, Bib. Arab. Hisp., III, pp. 100-101; Lévi-Provençal, *Histoire de l'Espagne musulmane*, III, p. 440.

<sup>3</sup> Ibn al-Munāšif (563-620 / 1169-1223), cadí que fué de Valencia y Murcia, refiere que en al-Andalus los cementerios eran lugares de paseo muy frecuentados por hombres y mujeres que en ellos se mezclaban; también alude a las tien-

rávid, sobre todo en verano, cuando a la hora de la siesta estaban desiertos los caminos, se convertían en lupanares. Además de los mozos, estacionados los días de fiesta en los caminos, entre las tumbas, para acechar el paso de las mujeres, también acudían vendedores a contemplar los rostros descubiertos de las enlutadas, relatores de cuentos e historias, decidores de la buenaventura y músicos. Al-Jušānī copia un relato de otro autor sobre un cadí de Córdoba que mandó hacer trizas un instrumento musical tocado por unos esclavos en la citada *maqbarat al-Rabad* <sup>1</sup>. A juzgar por las censuras de un severo tratadista de *ḥisba* como Ibn 'Abdūn, el abuso llegaba hasta beber vino sobre las tumbas <sup>2</sup>.

En suma, los cementerios hispanomusulmanes eran escenarios en los que rebosaba extramuros la vida, comprimida en las angosturas urbanas; la vida humana con su mezcla eterna de espíritu religioso y santidad y de concupiscencias y pasiones desbocadas. Junto a la tumba «que aguarda con sus fúnebres ramos» la carne tentaba «con sus frescos racimos» <sup>3</sup>.

Münzer fué testigo en 1494, en la parte nueva del gran cementerio de la Puerta de Elvira de Granada, de una poética y bella escena, buen colofón de estas notas sobre el fluir de la vida cotidiana en la ciudad de los muertos. Terminado de enterrar un cadáver, sentáronse junto a su tumba un sacerdote (*sic*), que

das levantadas entre las sepulturas (M. Talbi, *Quelques données sur la vie sociale en Occident musulman d'après un traité de ḥisba du XV siècle*, apud *Arabica*, I, Leiden 1954, p. 303). A esas tiendas parece referirse asimismo Ibn 'Abdūn en su tratado de *ḥisba*, al que pertenecen todas las referencias que figuran en estas páginas sobre la Sevilla almorávid (E. Lévi-Provençal y Emilio García Gómez, *Sevilla a comienzos del siglo XII, El tratado de Ibn 'Abdun*, Madrid 1948, § 53, pp. 96-97).

<sup>1</sup> Ribera, *Historia de los jueces de Córdoba*, p. 255.

<sup>2</sup> Lévi-Provençal y García Gómez, *El tratado de Ibn 'Abdūn*, §§ 52-55, pp. 94-98. — También en la sociedad cristiana medieval de Occidente, las gentes celebraban fiestas y dejaban en libertad sus pasiones más humanas sobre las tumbas. En algunos cementerios se plantaban frutales, se paseaba, hasta se daban bailes y se amaba (Camille Enlart, *Manuel d'Archéologie française*, I).

<sup>3</sup> Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza* (Madrid 1905), XLI, página 169.



cantaba vuelta la cabeza hacia mediodía, mientras siete mujeres vestidas de blanco esparcían ramos de oloroso arrayán sobre su reciente sepultura <sup>1</sup>.

*Los cementerios de las ciudades hispanomusulmanas.*

**Córdoba.** — Doce cementerios principales cuenta Lévi-Provençal en la Córdoba musulmana <sup>2</sup>. Tal vez pudiera agregarse alguno más:

1) *Maqbarat Umm Salama*, así llamado con el nombre de una piadosa princesa real, prima hermana y esposa de Muḥammad I <sup>3</sup>. Era uno de los más extensos, si no el más extenso de Córdoba. Estaría en el *rabad masǧid Umm Salama*, al norte de la ciudad; según Ibn al-Abbār, al lado contrario de la *bāb al-Yabūd* o *bāb Luyūn* <sup>4</sup>, no lejos del *masǧid Kawṭar* y cerca de un cementerio judío <sup>5</sup>. En él se cita el *masǧid al-Diyāfa* <sup>6</sup>. Los biógrafos refieren entierros en esta necrópoli desde 432 (1040) hasta 529 (1134-1135) <sup>7</sup>. En su recinto reposaba al-Bakrī, fallecido en 487 (1094) <sup>8</sup>.

<sup>1</sup> Münzer, *Viaje por España y Portugal*, pp. 39-40. No hay nada más acogedor — ha escrito Georges Marçais refiriéndose a los norteafricanos actuales — que un cementerio musulmán. Todos los viernes las mujeres van con sus hijos a visitar los difuntos de la familia. Antes de partir, plantan flores cortadas sobre las sepulturas y esparcen migas de pan o vierten en pequeños cuencos excavados en la tierra unas gotas de agua que los pájaros acuden a beber (*Tlemcen*, por Georges Marçais, París 1950, p. 69).

<sup>2</sup> Lévi-Provençal, *L'Espagne musulmane au X<sup>e</sup> siècle* (París 1932), página 209, e *Hist. de l'Esp. musulmane*, III, p. 380, n. 2.

<sup>3</sup> Ibn Ḥazm, *Yambarat al-ansāb*, p. 91, citado por Lévi-Provençal, *Histoire de l'Espagne musulmane*, III, p. 380.

<sup>4</sup> Ibn al-Abbār, *Taḳmila*, n.º 1.620. Llamada por los cristianos puerta del Osario.

<sup>5</sup> Ibn Baṣkuwāl, *Ṣila*, n.º 672, p. 300, citado por Lévi-Provençal, *Hist. de l'Esp. musulmane*, III, p. 229.

<sup>6</sup> *Taḳmila*, I, p. 125; *Ṣila*, p. 299.

<sup>7</sup> Rafael Castejón, *Córdoba califal* (*Bol. de la Real Acad. de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, a. VIII, 1929, p. 307).

<sup>8</sup> *Ṣila*, biog. n.º 628.

2) *Maqbarat Ḥalāl*. Debía de hallarse inmediato al anterior o formar parte de él, pues se dice estar separado del cementerio judío por el camino que arrancaba al norte de Córdoba <sup>1</sup>.

3) *Maqbarat Ibn Ḥāzim* <sup>2</sup>.

4) *Maqbarat al-Rabaḍ*. Había en Córdoba dos cementerios del Arrabal, uno antiguo (*ʿĀtiqa*) <sup>3</sup>, otro más reciente, llamado algunas veces *rawḍat al-Ṣulaḥā* (necrópoli de los Santos) <sup>4</sup>.

El antiguo — primero, al parecer, de los islámicos cordobeses —, lo fundó al-Samḥ, llegado a España el año 100 (719-720), siguiendo las instrucciones del califa ʿUmar b. ʿAbd al-ʿAzīz, en un valle o llanura baja, al otro lado del Guadalquivir, en terrenos que pertenecían al quinto del califa <sup>5</sup>. Así, cuando el puente estaba roto, como ocurrió en el año 439 (1047), había que llevar a enterrar los cadáveres en barca a ese cementerio de *al-rabaḍ al-qiblī* <sup>6</sup>, inmediato a la *muṣallā al-Rabaḍ*, con cuyo nombre a veces se conocía, en el que estaban los mausoleos de los Banū Marwān <sup>7</sup> y alguna capilla funeraria. En el siglo IX, el juez cordobés al-Aswar ben ʿUqba, nombrado por ʿAbd al-Rahmān II, dictó un auto o providencia señalando los límites de este cementerio del Arrabal. Otro juez, en el siglo siguiente, Aḥmad ben Baqī, refiere al-Juṣanī, testigo presencial del hecho, fué a caballo con los faquies a dicha necrópoli, y procedió a deslindarla con ese documento a la vista <sup>8</sup>.

En la *maqbarat al-Rabaḍ* recibieron sepultura en los años 349 (960) y 350 (961), respectivamente, Yahyà ben Ḥasan y Ḥasan ben Muḥammad, pertenecientes a la familia real de los

<sup>1</sup> *Šila*, n° 672, p. 300. La vocalización del nombre Ḥalāl es incierta, según Lévi-Provençal.

<sup>2</sup> *Šila*, p. 138.

<sup>3</sup> *Šila*, pp. 118 y 173.

<sup>4</sup> *Takmila*, I, p. 130.

<sup>5</sup> Ibn ʿIdārī, *Bayān*, II, texto, p. 25; trad., p. 35; *Fatḥ al-Andalus*, trad. González (Argel 1889), p. 28; *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el Cordobés*, trad. Ribera, texto, pp. 12-13 y 205-207; trad., pp. 9 y 176-178.

<sup>6</sup> *Šila*, n° 703, p. 325.

<sup>7</sup> [Ibn Ḥazm], *El collar de la paloma*, traducido del árabe por García Gómez, pp. 101 y 313; Ḍabbi, *Bugya*, Bib. Arab. Hisp., III, n° 1.451.

<sup>8</sup> Ribera, *Historia de los jueces de Córdoba*, p. 106.

idrīsīs<sup>1</sup>. En él fué enterrado el historiador Ibn Ḥayyān en 469 (1076). Seguía en uso en el siglo siguiente.

Con motivo de la reciente construcción de la barriada obrera de la Sagrada Familia, en el llamado Campo de la Verdad, a la entrada del puente, en la orilla izquierda del Guadalquivir, solar del cementerio del Arrabal, se han encontrado gran número de epitafios, fragmentos en su mayoría, y entre ellos varias lápidas de mujeres del círculo familiar de Muḥammad I, de ʿAbd Allāh y de ʿAbd al-Raḥmān III antes de proclamarse califa, con fechas comprendidas entre los años 268 (881) y 312 (924)<sup>2</sup>. Como una parte del cementerio se hallaba en un acusado meandro del río, las avenidas han ido llevándose las tierras de la orilla y destruyendo las sepulturas inmediatas al cauce.

5) *Maqbarat al-Ruṣāfa* o *maqbarat Furāniq*. Estaría en el *rabaḍ al-Ruṣāfa*, al norte de la ciudad.

6) *Maqbarat Ibn al-ʿAbbās* o *Banī-l-ʿAbbās*. Llamábase también, a todo él o a una parte, *maqbarat al-Siqāya*, pues éste se describe como inmediato a las casas de los Banū Hābil, extramuros de la *Bāb ʿAbbās*, que se abría en el lienzo oriental de la cerca de la Ajarquía<sup>3</sup>. Asimismo ha de identificarse con la *maqbarat al-Burġ* (cementerio del Torreón), próximo al arrabal de igual nombre, extendido a lo largo de la antigua calzada romana (*al-sikḡa al-ʿuzmā*) que salía de la *madīna* por la puerta oriental de ʿAbd al-ʿYabbār o de Toledo<sup>4</sup>. Se citan enterramientos en él en los años 328 (939) y 397 (1006). A principios de 1199 fué trasladado el cadáver de Averroes, fallecido en Marrākuṣ el 7 ṣafar 595 (10 diciembre 1198), desde el cementerio de la puerta de Tagazūt de esa ciudad al panteón de su familia en el de Ibn ʿAbbās, en Córdoba<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Maqqari, adapt. Gayangos, II, p. 145.

<sup>2</sup> M. Ocaña Jiménez, *Nuevas inscripciones árabes de Córdoba* (AL-ANDALUS, XVII, 1952, pp. 379-388).

<sup>3</sup> *Taḡmīla*, ed. de la *Miscelánea*, n.º 2.029, p. 561, según cita de Lévi-Provençal, *Hist. de l'Esp. musulmane*, III, p. 380.

<sup>4</sup> Ibn Sahl, *Aḡḡām Kubrā*, f.º 212 v del ms. de Rabat, según cita de Lévi-Provençal, *Hist. de l'Esp. musulmane*, III, p. 373; *Taḡmīla*, p. 279..

<sup>5</sup> H. de Castries, *Les sept patrons de Marrakech* (*Hespéris*, IV, 1924, página 289).

7) *Maqbarat Abī-l-<sup>c</sup>Abbās al-Wazīr*. A este cementerio conducía la *zuqāq* (calle) *Dahīm* <sup>1</sup>.

8) *Maqbarat Qurayš*. Debía su nombre a <sup>c</sup>Āmir ibn <sup>c</sup>Amr al-Qurašī, que lo fundó poco tiempo después de la conquista <sup>2</sup>, lo mismo que la inmediata puerta — *Bāb <sup>c</sup>Āmir* — que se abría al noroeste de la *madīna* cordobesa, a cuya salida estaba <sup>3</sup>. Maqqarī sitúa ese cementerio en el arrabal al oeste de Córdoba y al sudoeste de la mezquita *al-Sudda al-Kubrā*, no lejos de la casa en que habitaba al-Mundīr, sepultado en él en 355 (966) <sup>4</sup>. Otra mezquita había en un arrabal a su saliente llamada *masjīd maqbarat Qurayš* <sup>5</sup>.

En esta necrópoli fué enterrado en 303 (915), Abān, hijo del *imām* <sup>c</sup>Abd Allāh <sup>6</sup>, y en 367 (977) el historiador Ibn al-Qūṭīyya <sup>7</sup>.

9) *Maqbarat Qalā* <sup>8</sup>.

10) *Maqbarat Muṭa*. Debía su nombre a una concubina así llamada de al-Ḥakam I, que costeó el cementerio y la construcción de la mezquita — *masjīd Muṭa* —, según recordaban todavía los cordobeses de los siglos XI y XII <sup>9</sup>. Ignórase

<sup>1</sup> *Šila*, p. 246.

<sup>2</sup> Ibn al-Abbār, *Hulla*, pp. 52-53; *Ajhār maǧmū'a*, texto, p. 63; trad., p. 67.

<sup>3</sup> Ibn al-Abbār, *al-Hulla al-Siyarā*, edic. Dozy, p. 52, citado por Manuel Ocaña Jiménez, *Las puertas de la medina de Córdoba* (AL-ANDALUS, III, 1935, p. 149). La *Bāb <sup>c</sup>Āmir*, llamada después de la Reconquista puerta de los Gallegos, fué mandada abrir por orden de <sup>c</sup>Abd al-Raḥmān III en 303 = 916 (*Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III al-Nāṣir*, edic. y trad. por Lévi-Provençal y García Gómez, p. 120).

<sup>4</sup> Maqqarī, adapt. Gayangos, II, p. 468, n. 42. Ibn 'Idārī, en el *Bayān* (II, texto, p. 175; trad., pp. 279-280), sitúa la *maqbarat* de Qurayš en el arrabal (*rabaḍ*). En la casa n.º 13 de la calle de Rey Heredia, en Córdoba, se halló un fragmento de lápida sepulcral de un tal al-<sup>c</sup>Yā'farī, sepultado en el cementerio de Qurayš (Ocaña Jiménez, *Nuevas inscripciones árabes de Córdoba*, apud AL-ANDALUS, XVII, pp. 387-388).

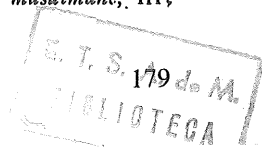
<sup>5</sup> García Gómez, *El collar de la paloma*, p. 133.

<sup>6</sup> Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 175; trad., pp. 279-280.

<sup>7</sup> Francisco Pons Boigues, *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles* (Madrid 1898), p. 85.

<sup>8</sup> Vocalización incierta, según Lévi-Provençal.

<sup>9</sup> *Šila*, pp. 48 y 179; Lévi-Provençal, *Hist. de l'Esp. musulmane*, III, p. 380.



si la última era la *masjid Abi Liwā* o *al-Zaytūna*, -emplazada junto al cementerio <sup>1</sup>. Próximo estaba también un cementerio de mozárabes, a los que se prohibió a comienzos del siglo X, a consecuencia de una denuncia del almotacén, si damos crédito a una consulta reproducida por Ibn Sahl, atravesar el cementerio islámico con los carros que llevaban los cadáveres de sus correligionarios a enterrar en la necrópoli cristiana <sup>2</sup>.

11) *Maqbarat Mu'ammara*, cementerio costado por Mu'ammara, concubina de 'Abd al-Raḥmān II <sup>3</sup>. En él fué enterrado en 361 (971) o en 371 (981), al-Juṣānī, autor de la *Historia de los jueces de Córdoba* <sup>4</sup>. Ignórase su emplazamiento.

12) *Maqbarat Na'ym*. Lo único que se sabe es que en él había una palmera <sup>5</sup>.

13) *Maqbarat Balāt Mugīt*. Mencionado por al-Juṣānī <sup>6</sup>. Estaría junto al arrabal del mismo nombre, al occidente de Córdoba <sup>7</sup>.

*Sevilla*. — A Ibn 'Abdūn debemos muy curiosos datos, varios insertos en páginas anteriores, sobre los cementerios sevillanos a principios del siglo XII, en la época almorávid. Ciudad entonces populosa, no tenía necrópolis proporcionadas al número de sus habitantes. Antes, a comienzos del reinado de al-Mu'tamid (461-484=1068-1091), Abū Ya'far Ibn al-Farrā' mandó demoler por orden del gobierno las casas y chozas que abusivamente se habían levantado en el cementerio. Por entonces, el almotacén Ibn Šihāb, el año de la gran hambre, probablemente la causada por la larga sequía a la que hay referencia

<sup>1</sup> *Šila*, p. 351.

<sup>2</sup> Lévi-Provençal, *Hist. de l'Esp. musulmane*, III, pp. 225-226.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 380.

<sup>4</sup> Pons Boigues, *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles*, p. 77.

<sup>5</sup> *Šila*, pp. 27-28.

<sup>6</sup> Ribera, *Historia de los jueces de Córdoba*, p. 74.

<sup>7</sup> Ibn Baškuwāl, *Šila*, según cita de Francisco Codera, *Contenido de las cien primeras páginas de la Assilah de Aben Pascual* (B. R. A. H., II, 1882, p. 167), menciona un cementerio en Córdoba junto al paseo de invierno, de ignorada localización.

para Badajoz en el reinado de al-Mutawakkil (473-487 = 1081-1094), mandó quitar las tinajas que había junto a la mezquita [del barrio] de los Alfareros para convertir aquel sitio en cementerio. La falta de espacio motivó más tarde que se enterrasen los cadáveres unos sobre otros, por lo que Ibn 'Abdūn pedía la adquisición, a costa del Tesoro, del terreno conocido por Faddān Ibn al-Marīs y otros para establecer en ellos necrópolis. Sin duda a consecuencia del reducido tamaño de los cementerios respecto a la población de Sevilla, las fosas se hacían muy angostas. El mismo autor cuenta haber visto sacar tres veces un cadáver de la tumba por no haber en ella, e introducir otro a fuerza de apretar <sup>1</sup>.

No se conoce más cementerio islámico en Sevilla que la *maqbarat al-Ṣulaḥā'*, en el exterior de la *bāb Maqarana*, en el que se cita un sepelio en 610 (1213) <sup>2</sup>. En documentos de la Sevilla cristiana medieval figura repetidamente un osario inmediato al prado de Santa Justa, situado extramuros, a su nordeste, entre las puertas de Carmona y Córdoba, del que se incautó el concejo en 1502 por orden de los Reyes Católicos. Ignórase si ese cementerio de mudéjares lo fué antes de los vecinos de la Sevilla islámica. Extraña la pobreza de la ciudad en epitafios procedentes de ellos; tan sólo dos publica Lévi-Provençal, losas rectangulares de fallecidos en 505 (1111) y 412 (1022), respectivamente <sup>3</sup>.

*Toledo.* — En la expedición del verano de 318 (930), al-Nāṣir llegó al frente de sus tropas a las inmediaciones de Toledo con la firme decisión de someter definitivamente a sus siempre rebeldes vecinos. Instalóse en el cementerio inmediato a la puerta de la ciudad, como lugar más a propósito para combatir la antigua corte visigoda. Ibn 'Idārī, al que se debe la noticia, no dice el nombre de la puerta ni del cementerio <sup>4</sup>. ¿Sería la septentrio-

<sup>1</sup> Lévi-Provençal y García Gómez, *El tratado de Ibn 'Abdūn*, §§ 52 y 149, pp. 94-95 y 148.

<sup>2</sup> Ibn al-Abbār, *Taḥmilat al-Ṣila*, ed. Bel y Bencheneb, p. 200.

<sup>3</sup> Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, n<sup>os</sup> 33 y 30 bis, pp. 42 y 43-46.

<sup>4</sup> Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 218; trad., p. 336.

nal *bāb Šāqra*, abierta en la parte de la cerca no rodeada por el Tajo? Es muy probable <sup>1</sup>.

La existencia de este ingreso, abierto en el arrabal de Toledo, y la de su cementerio extramuros, situado a su salida, consta explícitamente en el año 400 (1010). Ibn Baškuwāl dice murió en esa fecha y fué enterrado en la *ḥawma* (parte de una ciudad o barrio) de *bāb Šāqra*, en el arrabal de Toledo, Aḥmad b. Muḥammad b. Muḥammad b. 'Ubayda al-Umawī, conocido por Ibn Maymūn <sup>2</sup>. No hay noticia de ningún otro cementerio en esa ciudad.

Cerca de la puerta de Bisagra, en el mismo lugar, seguía el cementerio de los musulmanes mudéjares después de la conquista. Un documento mozárabe de 1210 se refiere a la venta de una tierra de alcacer en el término del cementerio de los musulmanes, cerca de la *bāb al-Šāqra* <sup>3</sup>.

A fines del siglo XIV llevaron a enterrar al osario de los mudéjares toledanos, cerca de la puerta de Bisagra, junto a donde más tarde se fundó el convento de San Bartolomé de la Vega, a una mora acaudalada, doña Fátima, que había estado en la corte al servicio inmediato de los reyes don Enrique II de Trastámara y su mujer doña Juana <sup>4</sup>.

El cementerio se prolongaba hacia norte, por lo menos hasta la ermita mudéjar de San Eugenio. Un *Memorial* de 1576 dice que a sus espaldas «hállanse... muchos lucillos de sepulcros de Judíos y Moros, hechos de ladrillos y cubiertos con pilas de

<sup>1</sup> *Al-Šāqra* — la Sagra — era la comarca que se extendía al norte de Toledo, entre el Tajo y los actuales confines de la provincia de Madrid.

<sup>2</sup> *Šila*, p. 23. Un documento mozárabe toledano de 1175 se refiere a la venta de una casa en el *rabaḍ de bāb Šāqra*, en la *ḥawma* de Santiago (*Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, por Angel González Palencia, vol. I, Madrid 1926, doc. n.º 121, pp. 87-88).

<sup>3</sup> González Palencia, *Los mozárabes de Toledo*, vol. I, doc. n.º 379, páginas 318-319. Al dorso del documento se lee: «Esta es carta del alcacer, cerca del fosario de los moros».

<sup>4</sup> Narciso Estenaga Echevarría, *Condición social de los mudéjares en Toledo durante la Edad Media* (*Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, t. V, a. VI, 1924, p. 17).

piedra berroqueña» <sup>1</sup>. Por los mismos años, el doctor don Pedro Salazar de Mendoza describía en los siguientes términos, en su *Chronicón del cardenal don Juan Tavera*, el sitio del Hospital de Afuera, del que era administrador: «Muéstranse también al norte otros edificios pequeños, sueltos, que sin dubda son sepulturas y enterramientos de Gentiles, Judíos y Moros. De Gentiles parecen en la manera de labrar. De Judíos, porque algunos tienen dos bovedillas, como las usaron los hijos de Israel. De Moros, en unos pilarejos de mármol, en que está escrito en lengua arábica los que en muchos de ellos están enterrados» <sup>2</sup>.

Al realizar en 1845 las obras necesarias para hacer un cementerio destinado a los canónigos en el Cristo de la Vega, descubriéronse tres fragmentos de estelas sepulcrales con epígrafe, cilíndrico uno de ellos, de un 'Abd Allāh b. 'Abbād, fallecido en 445 (1053).

En 1887 y 1888, al abrir el camino del actual cementerio, a unos 800 metros de la puerta de Bisagra y entre las ermitas de San Roque y San Antón, a un metro poco más o menos de profundidad, se hallaron crecido número de enterramientos formados por bóvedas de rosca de ladrillo, de mala construcción. «Desarraigadas y entre la tierra... hallóse con los sepulcros bastantes columnillas de piedra, semejantes por sus dimensiones y su forma a las que en la Vega son tan frecuentes» <sup>3</sup>.

Debió de haber en Toledo más de un cementerio en la Vega: el de Santa Leocadia de Afuera (hoy Cristo de la Vega), que llegaba a las orillas del Tajo, y el de la puerta de Bisagra, pues entre uno y otro lugar — en ambos se han encontrado sepulturas — media una distancia de unos 500 metros. Y los 800, aproximadamente, entre el último y las tumbas halladas en 1887-1888 parece superficie excesiva para que la necrópoli se extendiera por esos tres lugares sin solución de continuidad.

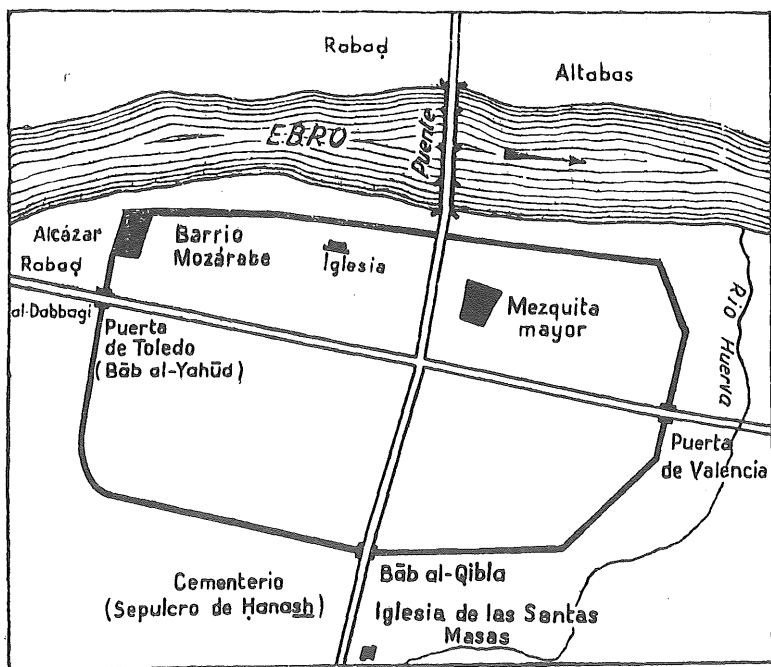
<sup>1</sup> Memorial de algunas cosas notables que tiene la ciudad de Toledo, por Luis Hurtado Mendoza Toledo (*El Arte en España*, VII, Madrid 1868).

<sup>2</sup> Antonio Martín Gamero, *Historia de la ciudad de Toledo* (Toledo 1862), n. 17, p. 41.

<sup>3</sup> Amador de los Ríos, *Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal*, pp. 225-228.



Zaragoza. — Pocos años después de adueñarse de esta ciudad los musulmanes existía en ella un cementerio extramuros llamado *maqbarat bāb al-Qibla* (cementerio de la puerta meridional), sin duda por la proximidad a ese ingreso. En dicha ne-



Plano esquemático de la Zaragoza islámica con su cementerio extramuros, según Lévi-Provençal.

crópolis recibieron sepultura los ilustres *tābiʿūn* Ḥanaṣ b. ʿAbd Allāh al-Ṣanʿānī (m. en 100 / 718-719), edificador de la mezquita de Zaragoza, y ʿAlī b. Rabāḥ al-Lajmī (m. en 114 / 732) <sup>1</sup>. En otro texto anterior se dice que el entierro del primero tuvo lugar en el cementerio inmediato a *bāb al-Yahūd* (Puerta de los Judíos) <sup>2</sup>. Concreta más Asso al afirmar que el cementerio de

<sup>1</sup> Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 97; trad., p. 119.

<sup>2</sup> «Unas cuantas noticias acerca de la conquista de España», tomadas de «La

los moros se extendía entre la iglesia del Carmen y la de Santa Engracia, hasta que Pedro IV mandó en 1337 que lo trasladasen fuera de los muros nuevos<sup>1</sup>.

No se conserva en Zaragoza resto alguno epigráfico de monumento sepulcral.

*Huesca.* — Consta la existencia en Huesca de dos cementerios. Uno de ellos, llamado «almecora» en documentos de los siglos XII y XIII, estaba a oriente de la ciudad, entre la puerta de Montearagón (actual Porteta, en la calle del Desengaño), y el río Isuela, junto a éste<sup>2</sup>. El otro, situado en un campo que aún se conocía en 1426 por «Almacoriellya», sería más reducido, a juzgar por ese, al parecer, diminutivo. Su emplazamiento era cerca del muro de tierra, al oeste de Huesca, entre ella y San Jorge<sup>3</sup>. En 1272, donaba el monarca aragonés Jaime I, «Lalmicorella» a Pedro Garcés<sup>4</sup>. Ante la reclamación de los moros, estando el monarca en Valencia, el 1º de julio de 1273, firmó una disposición por la que prohibía a los frailes predicadores o de otra orden emplear en edificios la piedra extraída del cementerio de la Almecorella; la donación a Garcés sería válida si los mo-

noble carta dirigida a las comarcas españolas», apud *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el Cordobés*, trad. de Ribera, pp. 169-170. El señor García Gómez cree que ese texto procede de un manuscrito del *Faṭḥ al-Andalus*.

<sup>1</sup> Cartulario de la Ciudad, t. II, fº 212, citado por Ignacio de Asso, *Historia de la Economía política de Aragón*, Zaragoza 1947, p. 199.

<sup>2</sup> En 1186 se vendía en Huesca un campo sito en el lugar conocido por la Almecora de la puerta de Montearagón. Lindaba al este con aquélla; al sur, con el río Isuela, y al oeste con el monte (Cartulario del Temple de Huesca, fº 28, citado por Ricardo del Arco, *La catedral de Huesca*, Huesca 1924, p. 24).

<sup>3</sup> A. H. P., Huesca, p. 34, fº 55, según cita de Federico Balaguer, *Las termas de Huesca* (Argensola, VI, Huesca 1955, pp. 268-269). — En julio de 1213, Pedro Violeta vendía al obispo un huerto en Huesca *circa illa Almecorella de mauros*. Lindaba al este con el muro de tierra, al oeste con la almecorella, etc. (Libro de la Cadena de la Catedral, doc. nº 526, citado por Ricardo del Arco, *Huesca en el siglo XII*, en el vol. I de las *Actas y Memorias del II Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Huesca 1920, p. 360).

<sup>4</sup> De la donación a Pedro Garcés: ... *locum illum vocatum Lalmicorella, qui est inter muros Osce et locum vocatum Puig de Sanxo, quiquidem locus quem tibi damus consuevit esse cimiterium sarracenorum* (A. C. A., Reg. 21, fº 51, citado por Arco, *Huesca en el siglo XII*, pp. 360-361).

ros oscenses no probaban que en los últimos veinte años se había realizado algún sepelio en él <sup>1</sup>.

*Mallorca.* — Fuera e inmediatas a la *bāb al-Kuḥl*, puerta destruída pronto hará medio siglo, se encontraron lápidas sepulcrales más o menos incompletas, a las que se aludió en páginas anteriores <sup>2</sup>.

*Valencia.* — Había en Valencia varios cementerios situados, como de costumbre, a la salida de las puertas de la cerca, excepto de las inmediatas al río:

1) *Maqbarat bāb al-Ḥanaš* (cementerio de la puerta de la Serpiente), inmediato a ese ingreso occidental del recinto de Valencia. En él fueron sepultados el modesto Ibn al-Jabbāz (el Hijo del Panadero), predicador y jefe de la mezquita de Murviedro y un opulento personaje de sangre azul, Ibn Numāra al-Ḥaṣṣarī, fallecido en 563 (1167-1168). Se cita este cementerio en el *Repartimiento: ortum de Çabat Almanone, juxta cimiterium de Bebalbaix; domos in Roteris, ante cimiterium quondam sarracenorum*. Roteris era un arrabal inmediato <sup>3</sup>.

2) *Maqbarat bāb Bayṭālla*. Estaban situados el vasto cementerio y la puerta de ese nombre al sur de Valencia, cerca de la vía pública que iba a al-Ruṣāfa <sup>4</sup>. En 519 (1125-1126) fué enterrado en aquél el docto tradicionista Ibn al-Anfar, *muftī* de Valencia, al lado de su amigo y paisano Ibn Mantiyēl; un siglo lunar después (619/1222-1223) ‘Abd Allāh ben Abī Bakr al-Qudā‘ī, padre del historiador y diplomático Ibn al-Abbār, rec-

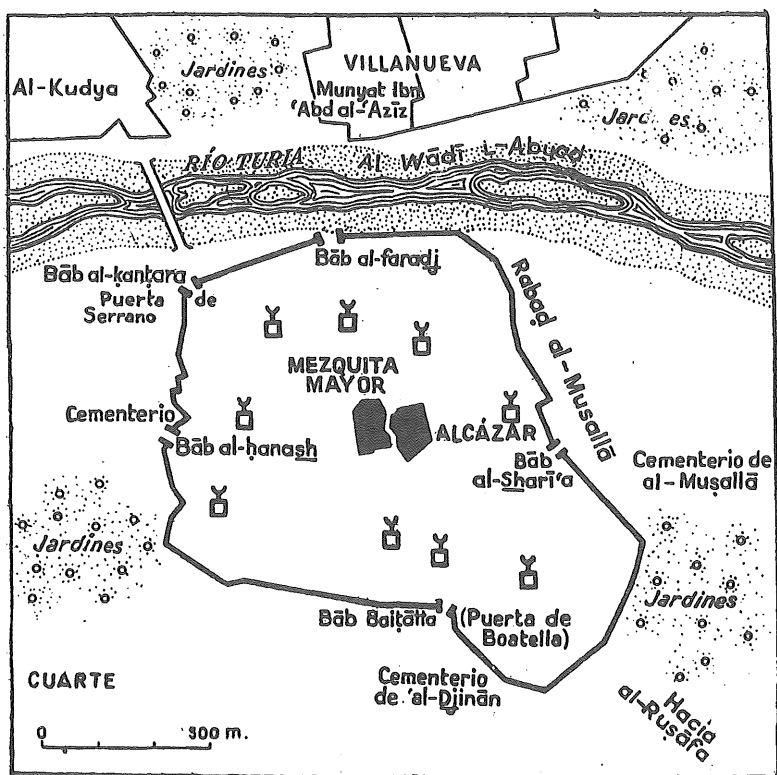
<sup>1</sup> A. C. A., Reg. 19, fº 24, según cita de Arco, *La catedral de Huesca*, p. 24.

<sup>2</sup> *Bab al-Kofol* (Puerta de Santa Margarita). *Antecedentes relativos a la Puerta de Santa Margarita de la ciudad de Palma*, pp. 19, 61, 77 y 121.

<sup>3</sup> Ribera, *Enterramientos árabes en Valencia*, en *Disertaciones y opúsculos*, II, p. 259; Bofarull, *Repartimientos de Mallorca, Valencia y Cerdeña*, pp. 188, 229-231, 244, 275. Supongo que el cementerio de Roteris, arrabal situado extramuros de la *bāb al-Qanṭara* (puerta de Serranos cristiana), era el mismo que el de las afueras de *bāb al-Ḥanaš*.

<sup>4</sup> ... *in loco illo qui est ante portam de Boatella, prope cimiterium et portam de Boatella, contiguat via publice que vadit ad Roçafam; ortum subtus via de Roçafa qui contiguatur cum valle prope cimiterium de Boatella* (Bofarull, *Repartimientos de Mallorca, Valencia y Cerdeña*, pp. 230-231).

tor de la mezquita al-Sayyida intramuros; en 624 (1227) recibió sepultura en la misma necrópoli Ibn Sulaymān (Muḥammad b. Aḥmad b. Muḥammad b. Ismā'il Abū-l-Ḥasan), que tenía



Plano esquemático de la Valencia islámica con los cementerios en torno según Lévi-Provençal.

una tienda en la calle de los Especieros (*ʿAttārīn*)<sup>1</sup>. Al año siguiente de la conquista, en 1239, Jaime I daba a los frailes menores un terreno de 80 por 50 brazas de tierra junto al camino público que iba a Ruṣāfa, delante de la puerta de Boatella, *prope*

<sup>1</sup> Ribera, *Disertaciones y opúsculos*, II, pp. 258-259.

*Cimiterium*, para que edificasen <sup>1</sup>. En 1417 aún quedaba memoria del cementerio, pues se cita el *Carrer del fossar*, en la parroquia de San Juan de la Boatella <sup>2</sup>.

Ignórase si el cementerio de las Tiendas (*Maqbarat min al-Fiyām*), citado por Ibn al-Abbār como situado en las afueras de la puerta de Baytālla, en el que se enterró en el año primero del siglo VII h. (1204-1205) al virtuoso y devoto maestro de lectura, conocido por su apodo lemosín «El Sabater» (al-Sabaṭayr), y que Ribera presume estuviese emplazado hacia el final de la calle de San Vicente <sup>3</sup>, era la misma *maqbarat bāb Baytālla*, parte de ella u otra distinta.

3) *Maqbarat bāb al-Muṣallā*. Abundan las referencias a este cementerio valenciano, en el que enterraron a crecido número de personajes. Estaba situado al oriente de la ciudad, extramuros de la *bāb al-Šariʿa*, palabra esta última que tiene la misma significación que *muṣallā*, o sea oratorio al aire libre <sup>4</sup>. En 614 (1217-1218) fué inhumado solemnísimamente en ese «fonsario», con asistencia del sultán, de la corte y de multitud inmensa de gentes, el piadoso y muy devoto Abū ʿĀmir b. Hudayl. En la quibla de la *muṣallā* recibió sepultura pocos años después, en 627 (1229-1230), el rector Ibn al-Zubayr al-Qudāʿi <sup>5</sup>.

Estos cementerios, de los que no se conserva ningún epígrafe ni monumento funerario, desaparecieron en el siglo XIV, al crecer la ciudad fuera de su cerca; ocupado su solar por los nuevos barrios, quedaron dentro de las murallas levantadas por Pedro IV *el Ceremonioso* a partir de 1356.

<sup>1</sup> Teixidor, *Antigüedades de Valencia*, II, p. 21.

<sup>2</sup> Luis Ferrer, 9 junio 1417 (Arch. de la Catedral).

<sup>3</sup> Ibn al-Abbār, *Taḳmila*, n° 1.426, pp. 502-503; Ribera, *Disertaciones y opúsculos*, II, p. 261).

<sup>4</sup> L. T. B., «*Muṣallā*» y «*šariʿa*» en las ciudades hispanomusulmanas (AL-ANDALUS, XIII, pp. 167-180.)

<sup>5</sup> Ribera, *Disertaciones y opúsculos*, II, p. 260. «¿Habría otro pequeño cementerio, diferente del de la *Muṣallā*, en la parte más oriental de la misma, donde fué enterrado Ibn al-Zubayr, que correspondía a la situación de un antiguo *fosaret* que nos recuerda el erudito marqués de Cruilles en su curiosa *Guía Urbana*, II, p. 217?» (Ribera, *Disertaciones y opúsculos*, II, p. 263).

*Alcira* (Valencia). — El *Repartimiento* sitúa el *ffoszato quod est prope januam pontis ligni*, puente que comunicaba Alcira con el arrabal de mozárabes de *al-Kanīsa* (la iglesia), Alcanicia después de la conquista, posteriormente llamado de San Agustín, a la orilla opuesta del Júcar <sup>1</sup>.

*Alicante*. — En el siglo XIII había un cementerio de moros junto al Hospital y el camino que conducía a Murcia <sup>2</sup>.

*Elche* (Alicante). — Según una donación de don Juan Manuel en 1270, el «fosario» de los moros estaba en Elche por suso de los baños viejos, en el camino de Alicante <sup>3</sup>.

*Murcia*. — Escasas e insuficientes para localizarlos son las noticias que poseemos acerca de los cementerios murcianos. Fuera de la puerta llamada de Ibn Aḥmad fué sepultado en la segunda mitad del siglo XII un mahometano ilustre, °Abd al-Raḥmān b. Muḥammad Abū-l-Qāsim <sup>4</sup>.

La mezquita llamada Abez, en el *rabaḍ* de Murcia del mismo nombre, con su «fossario», era objeto de una donación en 1267 por el deán de Cartagena al vecino de Murcia Raimundo Vicente <sup>5</sup>.

En la *rawḍa* de Ibn Faraḡ, en el arrabal de Sirḥān, en Murcia, fué enterrado un personaje muerto en 614 (1217-1218), biografiado por Ibn al-Abbār <sup>6</sup>.

*Jaén*. — En 1225, al asediar Fernando III por primera vez Jaén, mandó poner las tiendas cerca de las huertas, contra la parte de Castro, en el «fonsario» cerca de la villa, al lado contrario de la carretera que va a Granada. La *Crónica* de Ávi-

<sup>1</sup> Bofarull, *Repartimientos de los reinos de Mallorca, Valencia y Cerdeña*, p. 424; *Topografía de Alcira árabe*, por Vicente Peluso (Anales del Centro de Cultura Valenciana, a. VII, 1934, pp. 83-85). Peluso sitúa el cementerio hacia el barranco del Estrecho, a partir de la calle de Zaragoza.

<sup>2</sup> Juan Torres Fontes, *El Obispado de Cartagena en el siglo XIII* (Hispania, XIII, 1953, pp. 364-365 y apéndice, doc. n.º 1).

<sup>3</sup> A. H. N., Clero, Leg. 77.

<sup>4</sup> *Bastitania y Contestania del Reyno de Murcia*, por el doctor don Juan Lozano, pp. 134 y 136.

<sup>5</sup> Arch. Catedral de Murcia, perg. original, publicado por J. Torres Fontes, *El Obispado de Cartagena en el siglo XIII* (Hispania, XIII, p. 547).

<sup>6</sup> *Takmilat al-Šila*, B. A. H., V, n.º 939, p. 314.

la, al relatar los múltiples asedios sufridos por la ciudad en el siglo XIII, cita repetidamente la puerta «de Fonsario» <sup>1</sup>.

*Almería*. — Orbaneja, a fines del siglo XVII, alude a dos cementerios musulmanes existentes en Almería, uno a mediodía y extramuros del arrabal yermo de occidente, que supone de israelitas, opinión que se ha perpetuado y carece de fundamento: «fuera de ellas (de las murallas que rodeaban ese barrio) está una planicie, que baten las orillas del mar, donde tenían sus sepulcros de argamasa, que hoy cada día se descubren; y lo he visto infinitas veces en todo el campo que linda con la ermita de San Roque, que hoy permanece, donde se hallan innumerables huesos y otros vestigios hebraicos. Y por la parte de la puerta de Purchena está otra llanura donde se enterraban los Moros, donde cada día se descubren sepulturas en el estilo y costumbre que usaban, conforme a su ley, los bárbaros sarracenos» <sup>2</sup>.

El cementerio islámico más importante era este último, inmediato a la puerta de Pechina — *bāb Baḡyāna* —; en las biografías de personajes ilustres escritas por Ibn Baškuwāl e Ibn al-Abbār, figuran varios de ellos sepultados en ese lugar, junto a la puerta <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Florián de Ocampo, fº ccccv; *La crónica de la población de Ávila*, por Manuel Gómez-Moreno (*B. R. A. H.*, CXIII, 1943, p. 50).

<sup>2</sup> *Vida de San Indalecio y Almería ilustrada*, por el Doctor don Gabriel Pasqual y Orbaneja (Almería 1699), Primera parte, p. 147.

<sup>3</sup> Dos de los individuos enterrados, según Ibn Baškuwāl, en el cementerio de las afueras de la puerta de Pechina, fueron el tradicionista Abū-l-Ḥasan ʿAlī b-İbrāhīm, conocido por Ibn al-Lawwāz, y el también tradicionista y qāḍī Abū ʿAbd Allāh Muḥammad b. Jalaf, llamado Ibn al-Murābiṭ, muertos, respectivamente, en los años 474 = 1081-1082 y 485 = 1092-1093 (Ibn Baškuwāl, *Ṣila*, biogs. 915 y 1.107, pp. 420 y 499-500). Entre los personajes biografiados por Ibn Jātima, biografías insertadas por Ibn al-Qāḍi en su *Durrat al-ḥijāl* (ed. I. S. Allouche, Rabat 1934-1936), hay varios de los que se dice fueron enterrados en dicho cementerio. Anejo a la puerta de Pechina estaba el *ribāṭ* de al-Juṣaynī, nombre de su devoto fundador, en el que fué enterrado el valenciano al-Muqri' (*Complementos de la Taḫnīla*, edic. Bencheneb y Bel, Argel 1920, p. 104, según cita de Jaime Oliver Asín, *Origen árabe de rebato, arroba y sus homónimos*, Madrid 1928, pp. 24 y 27). — A él corresponden los siguientes hallazgos: en la calle de Regocijos, casi al principio, elegantísima piedra prismática sepulcral, con una sola

Según el coleccionista almeriense del siglo XIX don José de Medina y Rambaud <sup>1</sup>, donde mayor número de lápidas sepulcrales aparecieron fué en el «Llano del Cordonero», en el Puerto, a la orilla del mar <sup>2</sup>. Corresponde ese lugar al cementerio del Aljibe — *maqbarat al-Hawd* — extramuros del barrio o arrabal del mismo nombre, descrito por al-Idrisi poco antes de mediar el siglo XII como activísimo centro industrial y comercial, y desierto y abandonado en el XIV, ruina sin duda causada al conquistar la ciudad Alfonso VII en 1147 <sup>3</sup>. En la *maq-*

inscripción en el centro aplanado, conservada en el museo de Almería; dentro de la sacristía antigua de la iglesia parroquial de San Sebastián, al hacer un retrete salió, a un metro o metro y medio de profundidad, un trozo de piedra prismática que estaba en poder de don Joaquín de Peralta Valdivia; recientemente se han encontrado restos humanos al hacer una cimentación en la calle de la Flora, esquina a la rambla de Alfareros; con motivo de excavar los sótanos de la casa n.º 1 de la plaza de Flores, aparecieron a diversos niveles, el más alto a metro y medio del suelo actual, varios trozos, casi todos pequeños, de lápidas árabes, que quedaron en poder del dueño de la casa, don Miguel Sebastián Simón.

<sup>1</sup> No menos de cinco colecciones de lápidas arábicas había en Almería hacia 1875; la más importante era la de don José de Medina Rambaud. A su muerte pasó a su sobrino don Nicanor Peralta (Rodrigo Amador de los Ríos, *Epigrafía árabe-española, Piedras prismáticas tumulares de Almería*, en *Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos*, a. IX, 1905, pp. 315-333). Después se han dispersado todas ellas por muy diversos lugares: Madrid (Museos Arqueológico Nacional y del Instituto de Valencia de Don Juan), Granada y Nueva York, donde la «Hispanic Society» posee un buen lote.

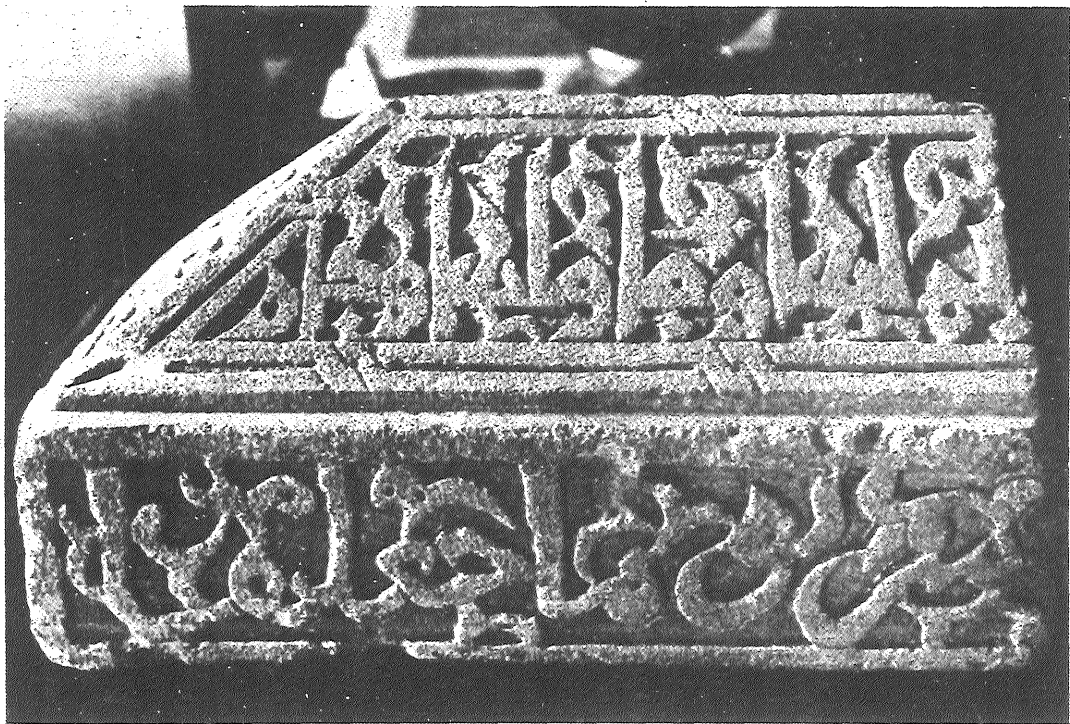
<sup>2</sup> Al Llano del Cordonero se le llama actualmente tan sólo el Llano. El erudito almeriense señor Martínez de Castro dice puede limitarse por las calles de Hipócrates, al oeste; del Rosario, al norte; de la Corbeta, al sur, y la Rambla de la Chanca, al este. La calle del Cordonero es prolongación hacia norte de la de Hipócrates; en ésta quedaban hace pocos años restos de grandes torres del recinto del barrio de *al-Hawd*. En las proximidades de la ermita, hoy iglesia parroquial, de San Roque, se encontraron hace años, al abrir los cimientos de una casa, como a un metro de profundidad o poco más, muchos restos humanos. En el ángulo de po-niente que forma la rambla de la Chanca con la calle del Muelle aparecieron unos epígrafes que Amador de los Ríos dice estaban en poder de don Miguel Ruiz de Villanueva. De este cementerio del Aljibe procederán lápidas sepulcrales de mármol, como todas, aparecidas en diversas ocasiones en la playa y algunas extraídas del mar por los pescadores con sus redes, frente al balneario de Diana.

<sup>3</sup> Puede verse la situación de los cementerios de la Almería islámica en el plano que acompaña al artículo *Estructura de las ciudades hispanomusulmanas: la*





Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan. — Estela almorávid de mármol procedente de Almería, fechada en 532 (1137).



*Palma de Mallorca. Academia Arqueológica Luliana. — Fragmentos de mqābrīya. Foto Mas.*

*barat al-Hawḍ* fué enterrado, entre otros muchos, Ibn al-Dalā'ī, escritor nacido en Dalías en el año 393 (1062) y muerto en Almería en 478 (1085), el mismo año en que Alfonso VI se adueñó de Toledo, autor de varias obras, entre otras de una geográfica aprovechada por al-Idrīsī <sup>1</sup>.

Otro cementerio, al parecer más antiguo que los dos citados, hubo en la *muṣallā* o *šarī'a* de Almería, en el arrabal así llamado. Ibn Baškuwāl refiere haberse enterrado en la *šarī'a qadīma*, es decir, en el oratorio o xarea vieja, en el año 444 = 1052, a Abū Muḥammad 'Abd Allāh b. Muḥammad b. 'Abd Allāh al-Ŷadalī, conocido por Ibn al-Zift, *šāhib al-ṣalā wa-l-juḥba* en la aljama de Almería <sup>2</sup>. Empezaría entonces a poblarse ese arrabal, que algo más tarde llegó a ser el núcleo central de la ciudad. En lugar más lejano de la *madīna*, extramuros, se dispondría una nueva *šarī'a* o *muṣallā*, puesto que la inmediata a aquella se calificaba de antigua y quedó en el interior de un arrabal cercado de tapias por Jayrān al-'Āmirī, señor de Almería de 403 (1012) a 419 (1028), conocido desde entonces por *rabaḍ al-muṣallā* <sup>3</sup>. En el cementerio de la *šarī'a qadīma*, no seguiría enterrándose muchos años después de la fecha del citado sepelio por el rápido poblamiento del arrabal; del año 474 (1081-1082) hay noticia de otro en el de la puerta de Pechina, que le sustituyó <sup>4</sup>.

*medina, los arrabales y los barrios*, por L. T. B. (AL-ANDALUS, XVIII, 1953, p. 166).

<sup>1</sup> Al-Ḍabbī, *Bugya*, p. 446; Casiri, II, p. 135; Ibn Baškuwāl, *Šila*, n° 139; Amari, *Bib. Ara. Sic.*, I, p. 37. Cita de Pons Boigues, *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos árabe-españoles*, n° 120, pp. 158-159.

<sup>2</sup> Ibn Baškuwāl, *Šila*, biog. 559, p. 280.

<sup>3</sup> Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 183-184; trad., pp. 221-223; Ibn Faḍl Allāh al-'Umarī, *Masālik al-Aḥsār fī Mamālik al-Amṣār*, I, *L'Afrique moins l'Égypte*, trad. Gaudfroy-Demombynes [Paris 1927], p. 239.

<sup>4</sup> Algunos hallazgos de piedras sepulcrales en el *rabaḍ al-muṣallā al-qadīma* (varias de ellas fueron sin duda trasladadas de otros lugares): en la casa n° 16 antiguo, 22 actual, de la calle de Marín, cerca de donde estuvo la puerta de Pechina, encontróse una lápida sepulcral, propiedad de doña Juana Pérez Núñez; al señor Martínez de Castro perteneció parte de otra encontrada en el jardín de la casa n° 4 de la calle de Reyes Católicos, a unos ~~tres~~ metros de profundidad; el

Todas las lápidas sepulcrales almerienses son de mármol blanco de Macael, lugar de la cercana sierra de Filabres, y responden a los dos tipos antes aludidos, el llamado modernamente «estelas almerienses», que hemos propuesto llamar almorávides, y las *mqābrīyas*. Las primeras hincábanse en tierra por uno de sus lados menores en la cabecera de la tumba, según testimonio de Ibn Baškuwāl <sup>1</sup>.

Entre las «estelas almorávides», las dos más antiguas son del año 312 (924); otras hay de ¿317? (929), 320 (932) y 327 (938-939), anteriores todas, pues, al año de 344 (955-956), en el que *al-Rawḍ al-Miʿtār* dice se fundó Almería <sup>2</sup>. Las *mqābrīyas* — un tercio aproximadamente de las existen-

mismo señor poseía una *mqābrīya* encontrada al cimentar la casa nº 6 de la calle de San Pedro. Hacia 1932, al abrir una puerta en el Instituto provincial de Segunda enseñanza, se encontró otra *mqābrīya*, de persona fallecida en 527 (1132), que fué a parar al Museo de Almería (A. P. V., *Dos lápidas halladas recientemente en Almería*, en AL-ANDALUS, I, 1933, pp. 189-190). Algunas estelas del mismo tipo, de procedencia ignorada, se han empleado para proteger las esquinas de los edificios en los cruces de calles: una, quizá entera, está en la esquina de la casa con fachadas a la calle de la Unión y plaza de Urrutia; un trozo de otra, enterrado, cuya parte vista arrancaron, tiene igual destino en el encuentro de la calle de Azara con la sin salida, perpendicular a la del Limón; una tercera, en iguales condiciones, resguarda el ángulo del edificio de la antigua calle de la Reina con vuelta a la de Serrano. — Hallazgos en la *madīna*: en la calle prolongación de la parte norte de la plaza de Pavía, y próximo al lugar por donde bajaba la muralla, en un huerto-corrallón del industrial don Francisco Hita, se encontraron restos humanos y una lápida árabe que pasó al museo Provincial; en el ángulo que forma la calle del Regimiento de la Corona con la plaza de San Antón, terreno hoy ocupado por el cuartel de la Misericordia, aparecieron hace algo más de cincuenta años, al hacer un desmonte, sepulcros de argamasa, orientados de norte a sur, lápidas y bastantes fragmentos de grandes vasijas decoradas con labores incisas y en relieve, de barro rojo y de barro claro y grisáceo, con adornos esmaltados en verde.

<sup>1</sup> «Leí de puño y letra de nuestro compañero Abū-l-Walid Sulaymān b. ʿAbd al-Malik [lo siguiente]: 'Leí sobre el sepulcro del qāḍī Abū-l-Walid b. Murābiṭ, escrito en una lápida de mármol (*rujāma*), colocada a la cabecera de su tumba, sobre el muy frecuentado camino junto a la puerta de Pechina...'» (Ibn Baškuwāl, *Ṣila*, biog. 1107, pp. 499-500).

<sup>2</sup> Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 183-184; trad., páginas 221-223. Esa fecha se puede interpretar como en la que se cercó la *madīna*; el poblamiento fué, sin duda, anterior.

tes — pertenecieron a sepulcros de gentes fallecidas entre 452 (1060) y 541 (1147), año este último de la conquista de la ciudad por Alfonso VII. Las losas prismático-rectangulares están fechadas en el mismo período, poco más o menos. No representan, pues, ambos tipos modas sucesivas en las conmemoraciones sepulcrales. Las más numerosas fechadas pertenecen al período de dominio almorávid en Almería (484-511 = 1091-1147). No existe en esta ciudad ninguna de época almohade; bien es verdad que en el *Corpus* de las islámicas hispanas publicado por el señor Lévi-Provençal tan sólo figuran seis sepulcrales de esos años, a las que habría que agregar una *mqābrīya* de Málaga, no incluida en esa publicación. Más extraño es que únicamente se conozca una de Almería de la época nazarí, fechada en 718 (1318), pues durante ella, de las próximas canteras de Macael, en plena explotación, salían innumerables piezas de mármol destinadas a la Alhambra y a las construcciones granadinas <sup>1</sup>.

Al llegar a la Almería islámica, destacaría a uno y otro lado del camino, antes de la puerta de Pechina, la blancura del mármol de las abundantes estelas sobre el gris terroso del suelo y el verde de la vegetación. En ninguna otra ciudad de la España musulmana había cementerios con tal riqueza ni número tan grande de mármoles funerarios de excelente labra <sup>2</sup>. La proximi-

<sup>1</sup> Esa lápida de 718 (1318), hoy en la «Hispanic Society» de Nueva York, es dudoso que proceda de Almería. La que figura en las *Inscriptions* de Lévi-Provençal — n.º 146, p. 131 — como de esta ciudad, fechada en 729 (1328-1329), se encontró en Niebla.

<sup>2</sup> Amador de los Ríos inventariaba, en 1778, 83 lápidas completas o fragmentos procedentes de Almería; en 1905, 86 (*Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal*, p. 160; *Epigrafía arábigo-española*, *Piedras tumulares de Almería*, en *Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos*, a. IX, 1905, pp. 315-333). Lévi-Provençal publicó 31 estelas sepulcrales de Almería, 23 losas rectangulares y 8 *mqābrīyas*; Caskel, 38 inéditas, entre completas y fragmentos, 26 de las primeras y 12 *mqābrīyas*, además de 9 epígrafes incluidos antes en su colección por el sabio arabista francés. El catálogo de los epitafios almerienses, hecho por don Manuel Ocaña Jiménez y que está terminándose de editar, comprende unos ciento. Otros muchos se habrán destruido o quedarán bajo tierra o en el fondo del mar. Las ramblas que limitaban la ciudad islámica, en breves períodos de lluvia han arrastrado grandes cantidades de tierras que enterraron los cementerios.

dad de las canteras de la sierra de Filabres no justifica su profusión, pues la misma distancia las separaba de la ciudad cuando ésta formaba parte del reino nazarí de Granada, época en la que no se labraban.

Los epígrafes de las estelas, aun en su inexpresividad y formularismo, a falta de testimonios más directos, pueden servirnos para entrever algo de la vida medieval de Almería. Interrogando a los muertos a través de sus epitafios, como dato más destacado deduciremos el de la riqueza de la ciudad en la época almorávid, que permitió tal derroche de mármoles bien labrados, representativos de un auge económico acusado en la conocida descripción de al-Idrisi, redactada entre 542 (1147) y 548 (1154), fecha esta última de terminación de su obra geográfica <sup>1</sup>. A la industria local y al tráfico de sus productos y de los importados, pues Almería era puerta de al-Andalus para los orientales, debióse el rápido enriquecimiento de una ciudad situada en región escasa en productos agrícolas y sometida a prolongadas sequías <sup>2</sup>. La carencia de epitafios musulmanes después de conquistar Almería en 542 (1147) Alfonso VII, ayudado por catalanes y genoveses, nos dice la decadencia de la ciudad, de la que se adueñaron los almohades diez años después, no interrumpida en el siguiente período nazarí.

Los epitafios marmóreos nos revelan también, a pesar de su concisión, algo de las actividades de los habitantes de Almería en su época de esplendor. Cuatro son de comerciantes, alejandrino uno de ellos — al-Iskandarānī —<sup>3</sup>; otros tantos de menestrales o de sus familiares (dos peleteros o curtidores; un te-

<sup>1</sup> *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Idrisi*, por Dozy y de Goeje, texto, pp. 197-198; trad., pp. 239-241.

<sup>2</sup> De la cercana Pechina dice *al-Rawḍ al-Mi'tār* (texto, p. 38; trad., p. 48) que a fines del siglo IX y en el X se sostenía con víveres importados del norte de Africa. El mismo hecho se repitió para su sucesora. Almería durante toda la Edad Media y aun en el siglo XVI.

<sup>3</sup> Almería fué, como se dijo, la puerta de al-Andalus desde fines del siglo X a mediados del XII para el tráfico con el Oriente mediterráneo; Alejandría, la del Oriente islámico para el comercio con el centro y occidente del mismo mar interior.

jedor; el hijo de un alfarero). Hay tres de mujeres de la familia real de los últimos monarcas de taifas de Almería y Málaga — la princesa Asmā', la concubina del príncipe al-Mu'tasim (m. 484 / 1091) Hayāl y la liberta del príncipe ḥammūdī Idrīs b. Yaḥyā b. 'Alī b. Ḥammūd, Iḥwirār [?] —. Otras lápidas son de personajes importantes, juristas, predicadores, administradores de habices. No faltan las de beréberes.

La sociedad islámica es de tendencia igualitaria. Como en vida, estaban juntos en la muerte, en los mismos cementerios — en Almería no hay noticia de *rawḍas* principescas — las gentes dedicadas a oficios manuales, los comerciantes y los personajes y familiares regios. Y las estelas de los primeros no desmerecen en riqueza y finura de labra — más bien exceden a las de los últimos —, que siempre la riqueza recién adquirida gustó de ostentarse públicamente.

*Granada.* — Granada tenía los siguientes cementerios:

1) *Maqbarat al-faqīh Sa'd ibn Mālīk*. Ibn al-Jaṭīb, en distintos lugares, le llama *maqbarat Ilbīra*, *ḡabbānat bāb Ilbīra* y *rawḍat al-faqīh Sa'd ibn Mālīk*<sup>1</sup>. Fundado en el siglo XIII, era el más importante de la ciudad. Hallábase en las afueras de la puerta de Elvira (*bāb Ilbīra*). En el siglo XV su parte más antigua estaba plantada de olivos; el resto, carecía de árboles. Admiró a Münzer, autor de esa noticia, por su gran extensión, dos veces mayor — dice — que todo Nuremberg, y distribuido en varios planos<sup>2</sup>. Alcanzaba al Hospital Real, puesto que éste se construyó por los Reyes Católicos sobre un osario, y al solar del convento de Capuchinos, al abrir cuyos cimientos en 1630 se encontraron muchas sepulturas de moros<sup>3</sup>.

Excepcionalmente protegía, al parecer, este cementerio, muy extendido hacia norte, una cerca o muralla con sus puertas a manera de torres, «que defendían las entradas de los caminos:

<sup>1</sup> *Iḥāṭa*, edic. Cairo, I, pp. 57 y 276; II, p. 250, según cita de Seco de Lucena, *De toponimia granadina* (AL-ANDALUS, XVI, 1951, p. 64).

<sup>2</sup> Münzer, *Viaje por España y Portugal*, pp. 36 y 39.

<sup>3</sup> M. Lafuente Alcántara, *El libro del viajero en Granada* (Granada 1843), p. 263. Restos de sepulturas aparecieron también a bastante profundidad al abrir los cimientos de la Escuela Normal hará unos treinta años.

hallábase la primera sobre el de Alfacar, próximamente donde hoy está la ermita del Cristo de la Yedra <sup>1</sup>; otra sobre el de Úbeda, cuyas ruinas subsisten en la última casa a mano derecha de la calle de Capuchinos; en la huerta de este convento estuvo la que protegía la carretera de Jaén; otra torre había camino de San Lázaro, donde se hacía justicia a los descuartizados en el siglo XVI, y la última existió cerca de San Jerónimo» <sup>2</sup>.

2) *Maqbarat Socaster*. Según Gómez-Moreno, Ibn al-Jatib cita un cementerio de Socaster en Granada, situado junto a la muralla de la Alcazaba Qadima, próximo a la puerta Nueva o arco de los Pesos. Sería resto de un viejo «fonsario», anterior a la formación y amurallamiento en el siglo XIV del arrabal del Albaicín. El solar subsistió sin edificar, pues al cementerio sucedieron unos huertos que dominaban la plaza Larga del Albaicín. Sería el «macaber de San Nicolás, frente del horno, junto al portillo que entra en el Albaicín, que alinda con el adarve», según documento de 1538 <sup>3</sup>. En 1595, al darse a censo el terreno que ocupaba, aún se le conocía con el nombre de macaber y pertenecía a la renta de habices <sup>4</sup>.

3) *Cementerio del Albaicín*. Ignórase cómo lo llamaban los musulmanes. Ocupaba la parte de oriente, intramuros del arrabal del Albaicín, ladera occidental muy pendiente, de mal aprovechamiento por ello para la edificación urbana, de una colina en cuya cima quebraba la cerca y había una fuerte torre, llamada del Aceituno en tiempos cristianos, a la que sustituyó la ermita de San Miguel el Alto. El cementerio ocupaba, según Münzer, «gran parte de una ladera del monte sobre la ciudad y tanto espacio como la ciudad de Ulm. En la cumbre hay una altísima torre, en la cual están los sepulcros del rey de Grana-

<sup>1</sup> Se ve en la *Plataforma* de Ambrosio de Vico, dibujada hacia 1600 y grabada pocos años después.

<sup>2</sup> Manuel Gómez Moreno, *Guía de Granada* (Granada 1892), página 383.

<sup>3</sup> Arch. de Diezmos de Granada, legs. 235 y 236, citados por Manuel Gómez-Moreno y Martínez, *Monumentos Arquitectónicos de España, Granada* (Madrid), 1907 p. 40 y n. (3).

<sup>4</sup> Gómez Moreno, *Cosas granadinas de arte y arqueología*, pp. 117-118.



da (*sic*)» <sup>1</sup>. Persiste la tradición del cementerio en la toponimia local, pues aún se llama de la Rauda — recuerdo de algún panteón de gente notable — una bella cruz de piedra, de principios del siglo XVI, que se levanta en la parte inferior de la ladera. En las inmediaciones han aparecido muchas piedras de sepultura. También hubo allí, según documentos poco posteriores a la conquista, una mezquita del mismo nombre, «gima Rauda» <sup>2</sup>.

3) *Maqbarat al-Sabika*. Llamábase al-Sabika la colina en la que estaba la Alhambra; *jāndaq al-Sabika*, el barranco por el que hoy se sube a sus alcázares, y *bāb al-Jandaq* (puerta del Barranco), la que precedió a la actual de las Granadas. Es Münzer de nuevo el que precisa la situación de este espacioso cementerio: «Subimos a la Alhambra, en un altísimo monte, en cuya falda otra vez nos salió al paso un gran cementerio, seis veces mayor que la plaza de Nüremberg. Subiendo un buen trecho, entramos en un lugar que fué cárcel de los cristianos cautivos» <sup>3</sup>. La necrópoli ocupaba, pues, la ladera de al-Sabika y el barranco entre las mazmorras (los Mártires) y la actual puerta de las Granadas. En un panteón del cementerio de la Sabika recibieron sepultura los monarcas granadinos Muḥammad I, Muḥammad III y Naṣr I, muerto este último en 722 (1323), y en las laderas de la colina el ḥāyib Riḍwān, asesinado en agosto de 1359 <sup>4</sup>.

4) *Maqbarat al-Gurabā'*. Este cementerio de los Extranjeros, en el que Ibn al Jaṭib refiere fué enterrado un alfaquí muerto en 707 (1307) estaba, según el mismo autor, enfrente del arrabal de Naḥḍ, en el arrabal que había junto al río <sup>5</sup>.

5) *Maqbarat bāb al-Fajjārīn*. El mismo visir granadino

<sup>1</sup> Münzer, *Viaje por España y Portugal*, p. 40.

<sup>2</sup> Gómez Moreno, *Guía de Granada*, p. 488.

<sup>3</sup> Münzer, *Viaje por España y Portugal*, pp. 36 y 40.

<sup>4</sup> Ibn al-Jaṭib, *Iḥāṭa*, edic. Cairo, I, 1955, p. 521, citado por Luis Seco de Lucena, *El ḥāyib Riḍwān* (AL-ANDALUS, XXI, 1956, p. 294).

<sup>5</sup> Ibn al-Jaṭib, *Iḥāṭa*, edic. de El Cairo, I, p. 149, según cita de E. Lévi-Provençal, *Le voyage d'Ibn Baṭṭūṭa dans le royaume de Grenade*, en *Mélanges William Marçais* (Paris 1950), p. 221. Véase la rectificación de Luis Seco de Lucena Paredes, *De toponimia granadina* (AL-ANDALUS, XVI, p. 51).

relata que un individuo fué enterrado en Granada en 750 (1349-1350) en la parte más baja del pie de la colina ocupada por el cementerio sito en la puerta de los Alfareros (*bāb al-Fajjārīn*), al lado de los palacios reales <sup>1</sup> (*dār al-Bayḍā'*, entre otros). Ese cementerio quedaba, pues, extramuros de la *madīna* de Granada, a la que daba ingreso la citada puerta, pero dentro de la cerca de los arrabales meridionales situados entre la colina de la Alhambra — al-Sabika — y el Genil. Las tumbas alcanzarían, por lo menos, hasta el llamado Campo del Príncipe, en cuyas inmediaciones consta la existencia de sepulturas poco después de la conquista <sup>2</sup>. Seco de Lucena identifica este cementerio, al que no da nombre Ibn al-Jaṭīb — tan sólo señala que estaba en *bāb al-Fajjārīn* —, con el que el mismo visir llama *maqbarat al-Gurabā'*. Pero fija el emplazamiento de éste, como se dijo, en un arrabal junto al río; el de la puerta de los Alfareros distaba más del Genil que el de Naẓd, por lo que cabe la sospecha de que la *maqbarat al-Gurabā'* fuese un pequeño osario situado entre el *rabaḍ* Naẓd y el río, o enfrente, en su orilla izquierda.

6) *Maqbarat al-ʿAssāl*. Por los contratos de venta de las parcelas en que en 896 (1491) dividió Boabdil la huerta de ʿIṣām, conocemos la *maqbarat al-ʿAssāl* (cementerio del Mele-ro), nombrado como límite oriental de esa huerta; coincidente, con cierta aproximación, según la autorizada opinión del señor Seco de Lucena, con la actual de Belén <sup>3</sup>. Parece indudable que las sepulturas aparecidas en 1887 en el barranco del Abogado, «cerca del ángulo oriental de la tapia que rodea la finca de Calderón» <sup>4</sup> (los Mártires), pertenecían a la *maqbarat al-ʿAssāl*, y no al cementerio de la puerta de los Alfareros, del que estaban bastante alejadas (unos 480 a 500 metros; entre ambos grupos de sepulturas se interponía la huerta de ʿIṣām).

<sup>1</sup> *Iḥāṭa*, edic. de El Cairo, I, p. 78, citado por Luis Seco de Lucena Paredes, *De toponimia granadina* (AL-ANDALUS, XVI, 1951, p. 62).

<sup>2</sup> Gómez Moreno, *Guía de Granada*, p. 226.

<sup>3</sup> Seco de Lucena, *De toponimia granadina*, en AL-ANDALUS, páginas 69-71.

<sup>4</sup> Gómez Moreno, *Cosas granadinas de arte y arqueología*, p. 113.

*Loja* (Granada). — Al conquistar Loja los Reyes Católicos había un cementerio a unos cuatrocientos pasos a oriente de la ciudad, donde se edificó en 1559 el convento de la Victoria. En el *Repartimiento* de Loja se le llama «macabrán», bárbara castellanización del nombre genérico árabe *maqbara* <sup>1</sup>.

*Málaga*. — El principal cementerio malagueño estaba en las afueras de la puerta de Funtanālla, al nordeste de la ciudad <sup>2</sup>. En ese lugar se citan dos: el de *al-Muṣallā* <sup>3</sup> y la *rawḍat Banī Yahyā* <sup>4</sup>; tal vez este último fuese un panteón de aquél. Cítanse también sepelios en las vertientes de Gibralfaro (*ḡabal Fārō*), en donde hubo asimismo un cementerio judío y se descubrieron en el siglo pasado muchas sepulturas <sup>5</sup>. En las laderas de ese monte, coronado por una fortaleza de fecha posterior, fué enterrado en 403 (1012-1013) el poeta malagueño Muqaddam b. Mu'āfa <sup>6</sup> y en 553 (1138) su paisano 'Alī b. 'Abd al-Raḥmān b. Ma'mar al-Maḍhiyī <sup>7</sup>. Hay también datos de sepelios en el *rabaḍ al-Nudamā* (?) en 419 (1028) <sup>8</sup>, y en la mezquita de la Palma, extramuros <sup>9</sup>.

*Algecira* (Cádiz). — La parte en que estaba su «fonsario» era la más flaca, desde el punto de vista militar, de la villa vieja de Algecira. En ese cementerio acamparon las huestes de Alfonso XI y tuvieron lugar muchos hechos de armas en la cam-

<sup>1</sup> W. Hoenerbach, *Loja en la época nazarí* (Miscelánea de Estudios árabes y hebraicos, Universidad de Granada, III, 1954, pp. 61-62).

<sup>2</sup> Ibn al-Abbār, *Taḳmilat al-Sila*, edic. Codera, p. 262; edic. Bel y Benche-neb, p. 274; edic. de las *Misceláneas*, p. 594.

<sup>3</sup> M. Asín Palacios, *El «Abecedario» de Yusuf Benaxeij el malagueño* (B. A. H., C, Madrid 1932; pp. 198 y 206). Alude a ese cementerio con motivo de haberse sepultado en él un malagueño en 604 (1207).

<sup>4</sup> Seco de Lucena, *De toponimia granadina* (AL-ANDALUS, XVI, p. 75, n. 1).

<sup>5</sup> Guillén Robles, *Málaga musulmana*, pp. 536-538.

<sup>6</sup> E. Lévi-Provençal, *Arabica occidentalia*. III: *Sur deux poètes de Malaga du Xe siècle* (Arabica, t. I, 1954, pp. 290 y 292).

<sup>7</sup> Al-Ḍabbī, fº 132 del ms. de El Escorial, citado por Guillén Robles, *Málaga musulmana*, p. 611.

<sup>8</sup> Lévi-Provençal, *Sur deux poètes de Malaga du Xe siècle* (Arabica, t. I, p. 292).

<sup>9</sup> Guillén Robles, *Málaga musulmana*, pp. 610-611.

paña de 1342. Inmediata se abría una puerta, llamada «de Fonsario» en las crónicas cristianas <sup>1</sup>.

*Setenil* (Cádiz). — En el relato del fracasado asedio en 1407 de Setenil, se refiere haber puesto los sitiadores cristianos uno de sus reales encima del «Honsario» de los moros, «que estaba en derecho de la puerta de la villa» <sup>2</sup>.

*Ceuta*. — En la segunda mitad del siglo XI al-Bakrī se refiere a la existencia en Ceuta de dos cementerios, uno en la montaña, sin duda en las laderas de *ġabal al-Minā'*, y otro al norte, inmediato al mar de al-Ramla <sup>3</sup>. En el de al-Minā' fué enterrado en 360 (1165) el venerado tradicionista almeriense Abū Bakr Yaḥyā b. Muḥammad b. Rizq <sup>4</sup>.

En su descripción de Ceuta, terminada de escribir en 825 (1422), al-Anṣārī enumera trece cementerios en el interior y extramuros: *maqbarat al-Tūta* (cementerio del Moral), situado al este de la *madīna*, en la ladera oriental de *ġabal al-Minā'*, que será el mencionado por al-Bakrī; *maqbarat al-Manāra*, comprendiendo seis cementerios que se extendían por una amplia superficie, desde el primero, *maqbarat Zahr al-Ma'ib*, hasta el último, *maqbarat Bi'r al-Naqṭa*; *maqbarat Ibn al-Rāmī*; *maqbarat al-Ḥawā'im*; *maqbarat Zaglō*; *maqbarat mas'ūd al-Maḥalla*, en el lugar en el que se decía desembarcó Tāriq b. Ziyād cuando la primera expedición; el cementerio de la ciudad antigua, fundada por Sabt; *maqbarat al-Šarī'a*, en el arrabal medio (*al-rabaḍ al-awsat*); *maqbarat al-Ḥāra*; dos *maqābir* de *Madrib al-Šabka al-barrānī*, al exterior de *bāb al-Ĥmar*, y otros tantos de *Aḥyār al-Sūdān* <sup>5</sup>.

<sup>1</sup> *Crónica de don Alfonso el Onceno*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, coleccionada por don Cayetano Rosell, I, «Biblioteca de Autores españoles» (Madrid 1875), capítulos CCLXVIII-CCCXXXVI, pp. 342-389.

<sup>2</sup> *Crónica de don Juan II*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II (Madrid 1877), cap. XLI, p. 294.

<sup>3</sup> *Description de l'Afrique septentrionale par el-Bakrī*, trad. de Mac Guckin de Slane (Argel 1913), pp. 202-203.

<sup>4</sup> Ibn Baṣkuwāl, *Šila*, n.º 1372.

<sup>5</sup> E. Lévi-Provençal, *Une description de Ceuta musulmane au XV<sup>e</sup> siècle* (*Hespéris*, XII, 1931, pp. 145-146). La traducción, inédita, del mismo sabio arabista.

*Los cementerios hispanomusulmanes después de la conquista cristiana.*

Al conquistar los cristianos las ciudades musulmanas de la Península, los cementerios de casi todas ellas quedaron sin función. Excepcional es el caso del de Toledo, en el que siguieron recibiendo sepultura los moros mudéjares.

La palabra *maqbara* se castellanizó bajo la forma «macáber»<sup>1</sup> y al cementerio (*al-maqbara*), se le llamó «almacáber», «almo-cáber» o «almocóbar» con nombre más próximo al plural *al-maqābir* que al singular; «almecora» y «almecoriella» en Aragón<sup>2</sup> y «macabrán» en Loja<sup>3</sup>.

En la gran cantidad de piedras labradas — estelas y bordillos de las fosas — y ladrillos de los cementerios islámicos, vieron los conquistadores providencial y económica cantera para levantar edificios, sobre todo iglesias, destinados a satisfacer nuevas necesidades.

En septiembre de 1273 cedía Jaime I al convento de Predicadores (Santo Domingo) de Huesca las piedras existentes en el «fosal» de los sarracenos de esa ciudad para construir su iglesia<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Además de los ejemplos citados a continuación, en documentos de los siglos XVI y XVII — apeos de la renta de habices, libros de repoblación, erección de parroquias, deslindes, etc. — se citan abundantes «macáberes» en los pueblos de las Alpujarras (Manuel Gómez-Moreno, *De la Alpujarra*, en *AL-ANDALUS*, XVI, 1951, pp. 25-29; Isidro de las Cajigas, *Topónimos alpujarreños*, en *AL-ANDALUS*, XVIII, 1953, p. 302).

<sup>2</sup> Varios ejemplos *supra*; otros figuran más adelante. Referencia más vieja en una concesión hecha por Pedro I en 1095 al monasterio de San Juan de la Peña de su heredamiento en la villa de Luesia (Zaragoza), para que en la era llamada Almecora (sin duda, el cementerio islámico), levantase una iglesia dedicada a San Esteban. El obispo de Pamplona confirmó la donación en 1133 (Ricardo del Arco, *Referencias a acaecimientos históricos en las datas de documentos aragoneses de los siglos XI y XII*, en *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, III, Zaragoza 1947-1948, pp. 329-330).

<sup>3</sup> Hoenerbach, *Loja en la época nazarí*, en *Miscelánea de Estudios árabes y hebráicos*, III, pp. 61-62. La iglesia arciprestal de Alcántara (Cáceres) está dedicada a Santa María de Almocóbar; fundada en el siglo XIII, ocupará el solar de un anterior cementerio islámico.

<sup>4</sup> *Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antiquísima*

A consecuencia de la reclamación de los moros mudéjares, desde Murçia, el 6 de febrero del año siguiente, el monarca donaba a la aljama de Huesca dicho cementerio, en el que no debía de enterrarse desde algún tiempo atrás, pues dice se lo da «para que podáis hacer campo y trabajarlo y roturarlo para provecho de vuestra mezquita y lo que allí se críe sea para el servicio de ella»<sup>1</sup>. Por privilegio posterior, extendido en Alcira el 2 de marzo de 1275, Jaime I concedía las lápidas de la Almecora, «cementerio antiguo de los sarracenos», para la fábrica de la catedral, *ad opus operis Ecclesie oscensis*<sup>2</sup>.

El aprovechamiento de las piedras sepulcrales islámicas para nuevas construcciones religiosas debió de ser general. Ejemplo tardío ofrece Granada. Convertidos sus vecinos moros al catolicismo después del levantamiento de 1499, quedaron abandonados sus cementerios. Los Reyes Católicos, por cédula fechada en Sevilla el 14 de abril de 1500, concedieron a los frailes jerónimos el ladrillo y piedra que había en el «onsario» de la puerta de Elvira para la obra de su monasterio<sup>3</sup>. Por Real Cé-

*Ciudad de Huesca*, recopiladas por Francisco Diego de Aynsa y de Yriarte (Huesca 1919), p. 557.

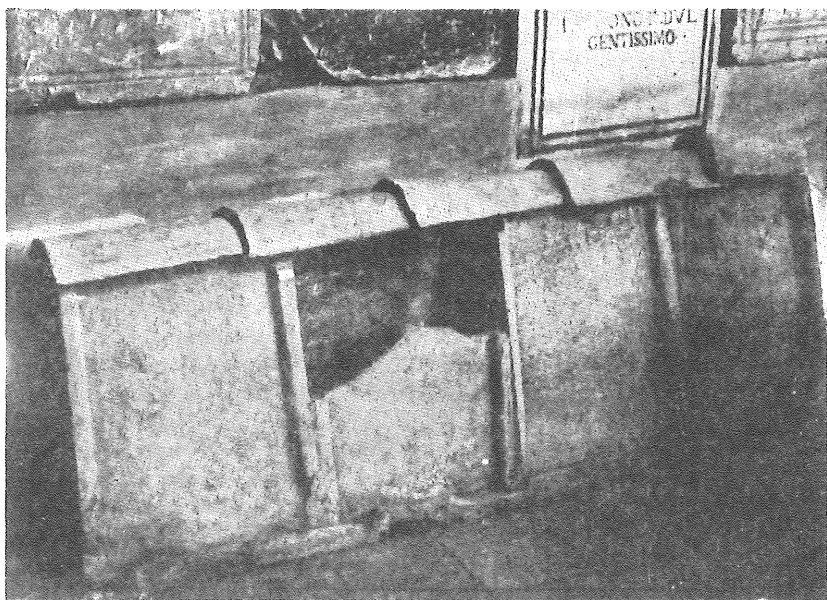
<sup>1</sup> Donación del *locum quod dicunt fossarium sarracenorum in Osca, juxta riuam Isalle, partem cuius concesseremus fratribus predicatoribus Osce ad extrahendum inde lapides ad opus operis ecclesie sue. Ita ut de dicto fossario, de quo fratres predicatorum extraserant lapides, possitis facere campum et ibi laborare et escolere ad opus mesquite vestre et id quod inde exhibit sit ad servicium et opus dicte mezquite* (Joaquim Miret i Sans, *Itinerari de Jaume I «el Conqueridor»*, Barcelona 1918, p. 493). El doc., en A. C. A., Reg. 19, fº 96.

<sup>2</sup> A. C. A., Reg. nº 20, fº 325 v, citado por Arco, *La catedral de Huesca* p. 24, y *Huesca en el siglo XII*, apud *Actas y Memorias del II Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, I, p. 357.

<sup>3</sup> «Por hacer bien e merced e limosna al prior e frailes e convento del Monasterio de Nuestra Señora Santa María de la Concepción de orden de San Jerónimo de la ciudad de Granada, por la presente les hacemos merced e donación de todo el ladrillo e piedra que hay en el onsario que tenían los moros de la dicha cibdad a linde la puerta de Elvira para la obra del dicho Monasterio e mandamos al Corregidor e Alcaldes e otras Justicias cualesquier de la dicha cibdad de Granada que les dejen y consientan sacar del dicho onsario toda la dicha piedra e ladrillo libre desembarazadamente» (Arch. de la Alhambra; cita de Gómez Moreno, *Cosas granadinas de arte y arqueología*, pp. 119-120).



*Timgad (Argelia). — Cementerio cristiano.*



*Tarragona, Museo Arqueológico. — Tumba romana.*

Foto Mas.

dula de 20 de septiembre del mismo año se clausuraron los cementerios islámicos de la ciudad, y por otra de 15 de octubre de 1501, promulgando las Ordenanzas de Granada, los Reyes Católicos cedieron para ejidos de la ciudad «todos los osarios en que se acostumbraban enterrar los moros». Como ya se dijo, en el primer tercio del siglo XVI aprovecharonse muchas piedras de esos cementerios en la construcción de las parroquias granadinas levantadas por entonces, entre ellas San Cristóbal y Santo Domingo, así como en el fortalecimiento de algunos muros en la Alhambra y en edificios civiles. Muchas de las estelas sepulcrales hispanomusulmanas ensalzando la gloria de Dios, al que los musulmanes dicen Allāh, y en solicitud de su infinita misericordia para el creyente enterrado bajo ellas, pasaron a servir de sillares en templos cristianos, mientras otras quedaban ocultas bajo tierra. Hoy se recogen para guardarlas celosamente en nuestros museos como testimonios de una civilización sin cuyo conocimiento es imposible comprender el presente hispánico ni preparar su futuro. — *L. T. B.*